

TEORIA ECONOMICA Y ECONOMIA AGRARIA (*)

Según algunos estudios recientes, hay todavía más de uno a tres mil millones de personas que viven en una economía de autosubsistencia, es decir, como campesinos. La mayoría de ellos vive, además, al borde de la inanición. Asia y Africa que, juntas, representan más del 60 por 100 de la población mundial, producen tan sólo un poco más del 30 por 100 de la producción agrícola total del mundo. Cómputos moderados estiman que, para cubrir las necesidades alimenticias básicas de la población entera del globo, sería necesario incrementar la producción de alimentos por lo menos en un 30 por 100 (1). Ni el número abrumador de economías campesinas ni la escasez de alimentos son un aspecto económico nuevo exclusivo de nuestra época.

A pesar de ello, la economía agraria —y entiendo por tal la ciencia económica que estudia el tipo de economía de un área agrícola superpoblada y no meramente la economía agrícola sin más— ha tenido una historia muy poco afortunada. Las economías no-capitalistas, no despertaron interés alguno en los economistas “clásicos”. Los marxistas, por su parte, irrumpieron en el problema con su impetuosa característica, pero partiendo de ideas preconcebidas acerca de las leyes de una economía campesina. Una escuela menos conocida, el agrarismo, se propuso estudiar, exclusivamente, la economía rural. Su manifiesto desdén por el análisis teórico cuantitativo impidió a los agraristas ela-

(*) Publicado en “Oxford Economic Papers”, febrero de 1960.

(1) Los datos citados figuran en *World Population and Production*, de W. S. y E. S. WOYTINSKY. N. York, 1953, págs. 307, 435 y *passim*.

borar una auténtica teoría del objeto por ellos estudiado y, en consecuencia, les impidió hacerse entender fuera de su propio círculo. Quedan los economistas standard (como recientemente se ha dado en llamar a los que pertenecen a la moderna escuela de economía, y para quienes no basta la sola etiqueta de neoclásicos o de equilibrio general). De un tiempo a esta parte, como el desarrollo económico está siendo vinculado a los avatares de la política internacional, los economistas standard se han visto prácticamente obligados a enfrentarse con el problema de las economías subdesarrolladas y, por tanto, con economías no-capitalistas. Pero en su manera de enfocar el tema, han cometido generalmente el mismo tipo de error que los marxistas.

La economía agraria, pues, ha sido hasta hoy una realidad de la que no hay una teoría. Y el interés general por una política económica seria en países con una superpoblación agrícola está reclamando, hoy, esa teoría, como en ningún otro momento de la historia. Pero no podemos aspirar a exponer una teoría de una realidad tan compleja como la economía campesina en el breve espacio de un artículo. Mi pretensión es mucho más modesta: indicar los rasgos fundamentales que diferencian una economía agrícola de zonas superpobladas y una economía desarrollada. Me he esforzado en presentar el tema en los términos analíticos que habitualmente maneja la teoría standard o en otros próximos a ellos. El análisis teórico va precedido de una breve crítica histórica que tiene por objeto colocarlo en una perspectiva más adecuada, especialmente por lo que se refiere a las implicaciones políticas.

I. TEORÍA, REALIDAD Y POLÍTICA

1. *Teoría y realidad.*

Teoría es, en primer lugar —y en último término—, una ordenación lógica de los conocimientos que de hecho tenemos de un determinado campo fenomenológico (2). Sólo a las matemáticas les incumben las propiedades de “un objeto cualquiera”, razón por la cual, desde la época de Aristóteles, han sido generalmente colocadas en una categoría aparte. A cada teoría, pues, ha de corresponder un área específica de la

(2) Con esto no negamos que la teoría pueda servir a otros fines, pero éstos son algo marginal, no constituyen la esencia de la teoría.

realidad. En todas las ciencias, el problema de circunscribir con precisión este área tropieza con dificultades bien conocidas. Donde termina la física y empieza la química, y donde termina la ciencia económica y empieza la ética son ciertamente cuestiones arduas, aunque no lo sean en igual medida. No obstante, querría formular aquí una pregunta trivial que atañe al problema de cuál sea el dominio de una teoría. Y la pregunta es ésta: ¿Puede una teoría económica que describe con acierto el sistema capitalista, por ejemplo, ser utilizada para analizar acertadamente otro sistema económico, pongamos por caso el feudalismo?

Observemos que rara vez surge una pregunta similar en el campo de las ciencias físicas, porque no hay dato ninguno que lleve a los físicos a pensar que la materia se comporta hoy de manera distinta que antaño. Nos encontramos, en cambio, con que las sociedades humanas varían con ambas cosas: con el tiempo y con su localización. Verdad es que hay todavía una escuela que sostiene que estas variaciones no son sino ejemplos distintos de un arquetipo único y que, por consiguiente, una sola teoría puede abarcar todos los fenómenos sociales. No es éste lugar para precisar dónde está el punto débil de las distintas tentativas hechas en esta dirección. Baste consignar aquí que, aun cuando las teorías elaboradas con estas ideas no presenten fallos en otros aspectos, no pasan de ser un conjunto de generalidades sin valor operacional alguno. Como en su día hizo notar KAUTSKY, con muy buen sentido, “Marx se propuso investigar en su *Capital* el modo de producción capitalista [y no] las formas de producción que son comunes a todos los pueblos, pues una investigación de este tipo sólo podría desembocar en una serie de lugares comunes” (3). Porque para que una teoría económica sea de alguna utilidad operacional, es decir, pueda servir de pauta a una política, tiene que referirse a un tipo determinado de economía, no a varios tipos distintos a la vez.

Cuál sea la realidad descrita en una determinada teoría es cosa que sólo puede descubrirse partiendo del fundamento axiomático de ésta. Así, por ejemplo, la teoría *standard* describe el proceso económico de una sociedad en la que el individuo observa un comportamiento *estrictamente hedonista*, el empresario aspira a elevar al máximo sus beneficios y cualquier mercadería puede canjearse a precios uniformes y sólo así. Por otro lado, la teoría marxista hace referencia a una economía caracterizada por el monopolio clasista de los medios de producción, por

(3) KARL KAUTSKY, *The Economic Doctrines of Karl Marx*. N. York, 1936, pág. 1.

empresarios que *hacen dinero*, mercados con precios uniformes para todos los productos y una completa independencia entre los factores económicos y los factores demográficos (4). Tomadas como abstracciones, en grado vario, estas dos bases axiomáticas representan indudablemente los rasgos más característicos del sistema capitalista (5). Es más, lejos de ser totalmente contradictorias, son complementarias, en el sentido del Principio de Complementariedad de Bohr (6). Por eso precisamente se ha podido decir que MARX es “la flor de la Economía clásica” (7).

Mucho más importante es la observación de que los fundamentos teóricos de ambas teorías, de la standard y de la marxista, son rasgos culturales o, si se prefiere, institucionales. De hecho, lo mismo habría que decir de cualquier teoría económica. Porque lo que caracteriza a un sistema económico son sus instituciones, no la tecnología que utiliza. De no ser así, careceríamos de base para distinguir entre comunismo y capitalismo; mientras, por otro lado, tendríamos que considerar el capitalismo actual y el capitalismo, digamos, de hace cincuenta años, como dos sistemas esencialmente diferentes.

En cuanto caemos en la cuenta de que, para la teoría económica, un sistema económico está caracterizado exclusivamente por rasgos institucionales, resulta obvio que ni la teoría marxista ni la standard son, en conjunto, válidas para analizar una economía no-capitalista, es decir, la economía de una sociedad de la que están ausentes parte o la totalidad de las instituciones capitalistas. Es posible que una determinada proposición de cualquiera de las dos teorías sea eventualmente válida para una economía no-capitalista, pero su validez habrá de ser establecida *ex novo* en cada caso, sea por una comprobación de hecho, sea por

(4) Me refiero al hecho de que una reserva de hombres permanente significa sencillamente que en punto al salario de subsistencia la oferta de mano de obra es “ilimitada”, tanto a corto como a largo plazo, mientras para la economía clásica esto es cierto sólo a largo plazo. Cf. *infra*, nota 47.

(5) Hemos dejado al margen la proposición de plusvalía de los axiomas marxistas porque esta proposición —como haremos ver más adelante— pertenece al feudalismo, no al capitalismo.

(6) Este principio, con el cual BOHR salvó la *impasse* creada por los nuevos descubrimientos de la física, establece que la realidad “no puede ser aprehendida en una sola imagen” y que “sólo la totalidad de los fenómenos podrá darnos una información exhaustiva de los objetos”. NIELS BOHR, *Atomic Physics and Human Knowledge*. N. York, 1958, págs. 40 y *passim*.

(7) TERENCE MCCARTHY, en el prólogo a la traducción inglesa de K. MARX, *A History of Economic Theories*. N. York, 1952, pág. xi.

derivación lógica de la correspondiente fundamentación axiomática. Ni siquiera los conceptos analíticos elaborados por dichas teorías pueden ser utilizados, sin discriminación, para describir otras economías. Entre los pocos que tienen validez general está el concepto de una función de producción con todas las nociones que de ella derivan. Pero esto se debe a la índole puramente física del concepto. La mayoría de los conceptos económicos, por el contrario, son difíciles de trasplantar. El de "clase social" parece ser la única excepción y esto porque, como es obvio, resulta inseparable del de "sociedad" misma (si exceptuamos la sociedad de Robinson Crusoe y, probablemente, la de los albores de la especie humana). Esto no quiere decir que las teorías marxista y standard no nos proporcionen patrones de gran utilidad para formular las preguntas pertinentes e investigar los elementos constitutivos propios de cualquier realidad económica. En definitiva, son las únicas teorías económicas cabales que se han elaborado.

Todo esto puede parecer sumamente elemental. Sin embargo, no es lo que los teóricos standard ni, sobre todo, los marxistas han solido hacer cuando se han encontrado ante el problema de formular una política para países de superpoblación agrícola. Y, como suele decirse, "Economía es lo que los economistas hacen".

2. *Una realidad sin teoría.*

Como se ha solido señalar, los economistas de todas las épocas se han visto compelidos por su entorno social a ser mucho más oportunistas que sus colegas de otros campos científicos, lo cual ha dado por resultado que su atención se haya fijado casi exclusivamente en los problemas económicos de su propio tiempo (8). Y como el paso de la ciencia económica de su estadio puramente descriptivo (es decir, taxonómico) al teórico coincidió con el período durante el cual, en la Europa occidental, el feudalismo iba cediendo rápidamente ante el capitalismo, este último se convirtió, como no podía menos de suceder, en el blanco de los primeros economistas teóricos. Esto puede explicar por qué la

(8) Viene a ilustrar elocuentemente este punto la boga que el problema del desarrollo económico ha adquirido últimamente entre los economistas occidentales: hemos llegado a un punto en que el desarrollo de los países subdesarrollados constituye un problema económico del que el Occidente se ocupa tanto como aquellos países.

mayoría de los economistas occidentales se interesaron en la elaboración de una teoría del sistema capitalista, pero no explica por qué ninguno de ellos intentó una teoría de una economía no-capitalista. La única explicación a esta omisión es la insuperable dificultad del intento de llegar a las raíces culturales de una sociedad distinta de aquella a la que uno de hecho pertenece. Y, como hemos visto, para establecer los principios fundamentales de la teoría económica de una comunidad, es indispensable un conocimiento intuitivo de sus rasgos culturales básicos.

Por su propia índole, una población rural es el medio menos idóneo para una actividad científica moderna. El científico moderno tuvo, por tanto que asentar sus reales en la ciudad. Pero, desde ella, no tenía posibilidad de observar la vida de una comunidad aldeana. Londres, por ejemplo, ofrece sin duda “un punto de mira excelente... para la observación de la sociedad burguesa” —circunstancia altamente apreciada por MARX (9)—, pero ni un orificio del tamaño del ojo de una aguja por el que dirigir la mirada hacia una economía campesina. Incluso cuando el economista nace en una aldea —que no fue el caso de MARX—, tiene que acudir a la ciudad para educarse. Se convierte así en un auténtico ciudadano y, en este proceso, pierde la mayor parte, si no la totalidad, de su *Verstehen* de la sociedad campesina. Es natural, por tanto, que a MARX, como a otros muchos economistas occidentales (sobre todo a los que proceden de regiones no-campesinas), el hombre de campo les haya parecido “un ser misterioso, extraño, a menudo incluso inquietante (10). Sin embargo, nadie señaló el infinito desprecio de MARX por la gente de campo. Para él, la gente de campo representaba un saco de patatas, no una clase social. En el *Manifiesto Comunista* pregonó a los cuatro vientos la “necesidad de la vida rural”. Pero, dejando a un lado estas hipérboles marxistas, hay, como veremos en seguida, un razonamiento impecable tras esa actitud de MARX frente al campesino.

La diferencia entre la filosofía de una ciudad industrial y la del campo ha atraído muchas veces la atención de sociólogos y de poetas (11). Pero son pocos los que han caído en la cuenta de que esta diferencia no es comparable a cambiar de parroquia, sino que lleva consigo todos

(9) K. MARX, *A Contribution to the Critique of Political Economy*. Chicago, 1904, página 14 del prólogo.

(10) KARL KAUTSKY, *La Question agraire*. París, 1900, pág. 3.

(11) En la literatura occidental, probablemente es O. SPENGLER el autor más conocido por haber dado un gran valor histórico a esta diferencia. Véase especialmente su *The Decline of the West*. N. York, 1928, vol. ii, cap. iv.

los actos concretos de producción y distribución, así como de justicia social. La base de estas diferencias es, indudablemente, el hecho de que la Naturaleza viva impone un tipo distinto de cortapisas al *homo agrícola* de las que la materia inerte impone al *homo faber*.

Para empezar, no existe paralelismo alguno entre la ley de la escala de producción en agricultura y en la industria. Se puede plantar trigo en una maceta o criar gallinas en un corral, pero nadie puede proponerse como "hobby" construir un automóvil sin más trebejos que los de su taller.

¿Por qué entonces hemos de suponer que la escala óptima para la agricultura va a ser la de una gigantesca fábrica al aire libre? En segundo lugar, el factor tiempo desempeña un papel completamente distinto en ambas actividades. Podemos, por procedimientos mecánicos, acortar el tiempo empleado en tejer un metro de tela, pero, hasta hoy, hemos sido incapaces de acortar el período de gestación de los animales de nuestras granjas o (en medida sensible) el período de maduración en las plantas. Por otro lado, la actividad agrícola está sujeta a un ritmo inflexible, mientras que la manufacturación permite dejar para mañana lo que hemos decidido no hacer hoy. Por último, existe una diferencia entre los dos sectores, que atañe a la raíz de la discutida ley de los rendimientos decrecientes (en el sentido de la evolución). Para usos industriales, el hombre ha sido capaz de poner a su servicio una fuente de energía tras otra, desde el viento hasta el átomo; pero, por lo que hace al tipo de energía requerido por la vida misma, depende todavía enteramente de la fuente más "primitiva": los animales y las plantas que le rodean. Estas breves observaciones bastan para apuntar no sólo por qué la filosofía del hombre entregado a la agricultura es distinta de la del hombre de ciudad, sino también por qué agricultura e industria no pueden, hoy por hoy, subsumirse bajo la misma ley. La posibilidad de que descubrimientos científicos futuros reduzcan la vida y la materia inerte a un común denominador es, por ahora, un punto enormemente discutido y objeto de no pocas especulaciones.

Probablemente, el mayor error de MARX fue no haber admitido el simple hecho de que la agricultura y la industria obedecen a leyes diferentes; en consecuencia, proclamó que la ley de concentración se aplica por igual a la industria y a la agricultura (12). MARX, repitámoslo, no tuvo oportunidad de observar una economía campesina. Tampoco

(12) K. MARX. *Capital*, Chicago, 1906, i. cap. xiv, sec. 10.

hay nada en su vasta producción literaria que permita suponer que alguna vez estudiara una agricultura no-capitalista (13). El análisis de la renta en *El capital* se basa exclusivamente en la producción capitalista, incluso en la breve incursión que MARX hace al dominio de la agricultura campesina (14).

Probablemente ningún otro error teórico ha sido refutado por los acontecimientos históricos tan rápida y categóricamente como la ley marxista de concentración en agricultura. Durante la segunda mitad del siglo XIX, los censos, uno tras otro, fueron revelando que la concentración en agricultura decrecía continuamente, al tiempo que los campesinos, en lugar de proletarizarse, se convertían en propietarios de las tierras, en número cada vez mayor. Como dice el propio KAUTSKY: "Iba aumentando el número de capitalistas, no de proletarios." La acusación era tanto más inapelable cuanto que el fenómeno se estaba produciendo en países capitalistas sin ninguna intervención planeada. Esto convenció a todos, excepto a los marxistas-ortodoxos, de que la ley de concentración es falsa.

3. Política y teoría fáctica.

El resultado de "la más triste experiencia de la doctrina marxista" —como llamó VEBLEN a la refutación de la ley de concentración (15)— se nos muestra con más claridad a la luz de las ideas hegelianas, que son piedra angular de la doctrina marxista. Recordemos que, para HEGEL, el hombre no tiene el poder de cambiar el curso de la Historia. Por esto, MARX sostiene que el advenimiento del socialismo ha de ser producto natural de la evolución de las relaciones de producción y no debido a que los intereses de la clase trabajadora sean superiores, en ningún sentido, ni más importantes que los de los capitalistas. MARX incluso se burla de los que pretenden montar una plataforma socialista sobre argumentos tan "poco científicos" como una mayor justicia social. Pero siempre, según el hegelianismo marxista, se puede acelerar el proceso histórico y acortar así los períodos de brotes dolorosos de crecimiento. Toda política acertada ha de basarse en la aceptación de esta evolución inexo-

(13) KAUTSKY, *La Question Agraire*, pág. xii. Cf. también ENGELS en el prólogo al tercer volumen del *Capital* (Chicago, 1909, pág. 16).

(14) MARX, *Capital*, iii, cap. xlvii, sec. 5.

(15) THORSTEIN VEBLEN, *The Place of Science in Modern Civilisation*. N. York, 1919, págs. 450 y ss.

table. Por creer en la ley de concentración en agricultura, los socialistas acogían con júbilo cualquier medida que pudiera tender a proletarianizar a los campesinos, acelerando el advenimiento del socialismo. Pero como el hombre de campo no quiso oír hablar de proletarianización, los partidos socialistas se vieron rechazados por todas partes por las masas campesinas. Fallas en el frente electoral, combinadas con el número cada vez mayor de pruebas en contra de la teoría marxista, provocaron la crisis interna conocida con el nombre de "cuestión agraria". En los congresos de Frankfurt (1894) y de Breslau (1895), la cuestión agraria estuvo a punto de dar al traste con la unidad del partido (16). Y, aun cuando oficialmente la unidad fue salvada entonces, la cuestión siguió haciendo la vida difícil al marxismo. Al final, el propio MARX debió sentirse afectado por el número abrumador de pruebas y el incremento de las críticas: en los dos últimos años de su vida intentó, penosamente, enmendar su teoría, si bien no en forma que pudiera comprometer el movimiento político que había puesto en marcha y al que se adhería de punta a cabo (17). Pero su desco era irrealizable, por contradictorio. Muerto MARX, el partido hizo grandes esfuerzos por superar la cuestión agraria. Penduló entre el oportunismo leninista (proclamando muy alto que nadie pensaba en destruir al campesino) y distintos circunloquios dialécticos que intentaban probar que la concentración *existe*, aunque

(16) Para la cuestión agraria puede consultarse *La Question Agraire*, de KAUTSKY, y *Le Socialisme et l'Agriculture*, París, 1902, de G. GATTI. La primera obra es importante porque apareció a los pocos años del congreso de Breslau (edición alemana, *Die Agrarfrage*, Stuttgart, 1899), en el que KAUTSKY desempeñó un papel decisivo atacando la moción "desviacionista". GATTI, por su parte, fue un destacado socialista que acabó por adoptar el punto de vista no marxista sobre agricultura.

(17) Esta concesión pública de MARX, aunque velada en cierto modo, aparece en el prólogo a la edición rusa, de 1882, del *Manifiesto Comunista* (K. MARX y F. ENGELS, *Correspondence*, 1845-1895, N. York, 1935, pág. 355). La desviación de "la línea marxista" está más claramente expresada en una carta que MARX escribió en 1881 a VERA ZASULICH, contestando a una pregunta concreta relativa a la necesidad de acelerar la proletarianización del campesino ruso. No obstante, la carta no fue publicada por el Instituto Marx-Engels hasta 1924, cuando quedaba ya muy lejos el conflicto entre los marxistas rusos y sus adversarios (D. MITRANY, *Marx Against the Peasant*, The University of North Carolina Press, 1951, págs. 31-33, llamó por primera vez la atención del lector de lengua inglesa sobre esta carta).

Sabemos también que en sus últimos años MARX decidió aprender ruso (y, según parece, también turco) para tener acceso a las fuentes originales referentes a los problemas agrarios de la Europa oriental (*Correspondence*, pág. 353). Por más de una razón, era demasiado tarde.

en un sentido nuevo, enteramente distinto (18). La cuestión agraria fue mantenida así en estado latente hasta que Stalin decidió resolverla declarando una guerra santa contra los campesinos —guerra que, de entonces acá, se ha hecho sinónimo de neo-marxismo.

Es difícil no ver en esta importante decisión la resultante última del odio y el desprecio de MARX por los campesinos. Tal desprecio constituyó, sin duda, un duradero fermento en el pensamiento de los leaders marxistas. En seguida habló ENGELS de la necesidad, para el proletariado, de “aplantar un levantamiento general de los campesinos” (19).

Como quiera que sea, la guerra stalinista —que en número de víctimas sobrepasó a todas las demás conocidas en la historia— no pudo ser motivada tan sólo por el contraste cultural entre el sector urbano y el rural. Tampoco pudo ser una guerra alimentada por “el saqueo del rico”, porque precisamente en las regiones en que el stalinismo se ha extendido hasta hoy, la clase capitalista-burguesa tiene el grosor de un papel de fumar y el campesino rico constituía una excepción. La guerra tuvo que tener otros resortes.

Que los intereses de la ciudad están en conflicto con los del campo es un hecho hoy claramente establecido. Sin embargo, no siempre se cae en la cuenta de que conseguir rebajar los precios no lo es todo. Porque no hay que olvidar que mientras los alimentos son indispensables, los productos industriales sólo son necesarios en forma secundaria cuando no superflua. Obtener del sector agrícola los alimentos necesarios, y obtenerlos *a bajo precio*, constituye un verdadero problema para la comunidad industrial. En último análisis, el grito de “pan barato” va dirigido más contra el que trabaja la tierra que contra el “partenaire” capitalista del trabajador industrial. En determinadas circunstancias este conflicto puede hacerse espinoso. Y es espinoso siempre en los países superpoblados en que los ingresos de la masa sólo permiten cubrir las necesidades más elementales y el censo urbano está indebidamente engrosado por un éxodo rural. Esta ha sido la situación en todos los países —salvo una o dos excepciones— en los que el stalinismo ha llegado al poder. Y en esta situa-

(18) KAUTSKY nos ofrece en *La Question Agraire* un epitome de estos intentos. Arguye que, si bien la ley de la concentración no es verdadera para la pequeña propiedad, si lo es para la propiedad global, con un número mayor de terratenientes que tengan importantes fuentes externas de ingreso. Más tarde, lo lanzó todo por la borda aduciendo que la agricultura campesina debe desaparecer en todo caso, porque la escala de producción óptima es la del latifundio.

(19) Citado en MITRANY, *op. cit.*, pág. 219.

ción es en la que la guerra contra el campesino encontró el móvil que necesitaba (20). Evidentemente, la fórmula stalinista constituye una solución (por lo menos una solución temporal) del conflicto entre el sector industrial y el agrícola. Pero una solución basada en la primacía de los intereses del sector industrial y burocrático de la sociedad, no en una ley evolutiva referente a la inexorable proletarización de los campesinos (21). Por consiguiente, de acuerdo con la esencia misma del marxismo, la fórmula stalinista no puede aspirar a ser “científica” (22).

MARX, sin embargo, tuvo conciencia del conflicto entre el sector industrial y el sector agrícola de la sociedad. En una ocasión hace notar, *en passant*, que “la historia económica entera de la sociedad está compendiada en el vaivén de esta antítesis [la separación entre la ciudad y el campo]” (23). Esta observación tiene una importancia extrema. Demuestra que MARX, por una vez, reconoció la existencia de una antítesis que —como decíamos en la sección anterior— parece enraizada en la condición permanente de la especie humana y que, por tanto, ha de pesar más que otra antítesis cualquiera perteneciente a un sistema económico determinado. Desgraciadamente, MARX no siguió investigando este punto para explicar cómo hubiera visto él la solución científica (en el sentido hegeliano) de esa antítesis.

(20) El conflicto de intereses entre el sector agrícola y el industrial existe también en las economías desarrolladas, incluidos los EE. UU. Cf. J. D. BLACK, *Discussion, Proceedings of the Fifth International Conference of Agricultural Economics*, London, 1939, págs. 86 y ss. La única diferencia está en que, en estas economías, el conflicto está atenuado por el elevado nivel de los ingresos que permite resolverlo por procedimientos del tipo del Agricultural Price Support Programme. La superpoblación es la condición necesaria para que el conflicto se convierta en *vis viva* social.

(21) Un sastre londinense, J. C. ECCARIUS (*Eines Arbeiters Widerlegung der nationalökonomischen Lehren John Stuart Mills*, Zurich, 1868) fue el primero en sostener que para garantizar el “pan barato” al trabajador industrial, el campesino ha de ser sometido a la dictadura del proletariado. Al parecer, el libro tuvo mucho prestigio entre los marxistas, allá por los años 1870 (véase MITRANY, *op. cit.*, pág. 15). Que la idea de ECCARIUS se ha convertido en la base de la política agraria comunista está fuera de duda: “La colectivización general de los campesinos es ciertamente un modo... de asegurar el abastecimiento [de las ciudades]” (V. LENIN, *Selected Works*, Moscú, 1934-9, vol. xii, pág. 13).

(22) Como veremos más adelante, tampoco puede ser justificada apelando a fundamentos de prosperidad positiva (cf. *infra* pág. 62, núms. 82 y 84).

(23) MARX, *Capital*, i, cap. xiv, sec. 4, pág. 387.

4. *Política sin teoría.*

En la primera mitad del siglo XIX, mientras el Occidente se preocupaba intensivamente de la suerte de las masas industriales, Rusia veía crecer un movimiento social que concernía exclusivamente al campesino. Una vez más, condiciones económicas esencialmente diferentes imponían preocupaciones totalmente distintas. No fue, pues, el tan discutido aislamiento intelectual de Rusia lo que hizo que los fundadores de esta nueva ideología no se inspiraran en las teorías económicas occidentales. Fue, sencillamente, que llegaron a la conclusión lógica de que aquellas teorías estaban plasmadas sobre una realidad económica distinta. Pero, como en su herencia intelectual no había nada que hiciera referencia a la economía de una comunidad campesina, los nuevos reformadores tuvieron que partir de cero. Pronto descubrieron que su propio pasado social no podía servirles de ayuda para entender los problemas que les preocupaban y, en consecuencia, decidieron "ir al pueblo". Este "slogan" les valió el nombre ruso de *narodniki*, pero fuera de Rusia se les conoció generalmente bajo el nombre de populistas (24).

Cuando el marxismo empezó a tener base propia en Rusia, la incompatibilidad entre la teoría marxista y la realidad rusa dio origen a un conflicto entre *narodniki* y marxistas más violento y más largo que el existente entre marxistas ortodoxos y socialistas *agrarios* en Occidente. Algunos *narodniki* se inclinaron por el marxismo, principalmente porque las implicaciones programáticas y la dialéctica social marxista atrajeron su espíritu revolucionario. Pero como era imposible compaginar las peculiaridades de una economía agraria con la estructura marxista, la mayoría de ellos sucumbieron como hetero-marxistas. La inmensa mayoría de los *narodniki*, no obstante, no se dejó arrastrar a negar los rasgos específicos de aquella economía. Y así, la ideología agraria fue identificada con una doble negación: capitalismo no, socialismo no. Y es precisamente de esta doble negación de la que se han hecho cuestión los economistas occidentales, marxistas o no marxistas.

MITRANY observa que en la idea que MARX tiene de la agricultura campesina se combinan "el menosprecio del hombre de ciudad por todo lo rural y la actitud del economista que desaprueba la producción en

(24) ALEJANDRO HERZEN, que en 1847 marchó al exilio a causa de sus actividades políticas, es generalmente considerado como «el fundador del "Socialismo" ruso, o "Narodnikismo"», como lo llamó LENIN. *Correspondence*, pág. 285.

pequeña escala" (25). Ahora bien, esto se aplica a la mayoría de los sociólogos occidentales. Añádase a ello, sobre todo, el desdén que suele inspirarles toda idea que no sea presentada en forma matemática, y se tendrá la explicación de por qué en Occidente se ha malentendido al agrarismo (26). Es cierto que los *narodniki*, como los agraristas de la última época, no sólo no elaboraron una teoría de la economía campesina —como otros habían hecho para el capitalismo—, sino que se distinguieron por su falta de interés, rayana en desprecio, de los estudios analíticos. Se apoyaban exclusivamente en un enfoque intuitivo, en el *Verstehen* de la *Weltanschauung* del campesino, muy al estilo de esta escuela histórica alemana (aunque apenas hubo contacto directo entre las dos escuelas). El populismo, como el marxismo, no representaba sólo una doctrina económica, sino también una fe. Y esta fe "está alimentada por una fuerte corriente sentimental subyacente y por la piedad emotiva y los vínculos rústicos" de los que en ella creen (27). Todo esto llevó al populismo a ser abiertamente acusado de románticismo.

Las circunstancias especiales en las cuales nació el *narodnikismo* pueden dar razón en buena medida de su espíritu peculiar. Pero el hecho de que la doctrina populista no tenga una verdadera teoría se debió, más que a ninguna otra razón, a la extraordinaria dificultad que entraña el reducir a esquemas la conducta económica del campesino. En este punto tenemos el testimonio de uno de los más notables agraristas rusos, ALEXANDER TSCHAJANOV, que dio a uno de sus trabajos el significativo título de "Die Lehre von der bauerlichen Wirtschaft: Versuch einer Theorie der Familienwirtschaft im Landbau" (Berlín, 1932). En las observaciones finales de esta obra, en la que se limita a someter a análisis

(25) MITRANY, *op. cit.*, pág. 6.

(26) A este respecto resulta muy instructivo comparar, por ejemplo, el análisis del populismo debido a L. H. ROBERTS (*Rumania*, New Haven, 1951, págs. 142 ss.) con el que hace ROSA LUXEMBURG (*The Accumulation of Capital*, Londres, 1959, páginas 271-91). A pesar de que ROSA LUXEMBURG era "uno de los miembros más genuinamente marxista del movimiento alemán" (PAUL M. SWEEZY, *The Theory of Capitalist Development*, N. York, 1942, pág. 207), su análisis es mucho más objetivo que el de ROBERTS.

Sobre los *narodniki* podrá consultarse también, con provecho, "Les idées des *narodniki* russes", *Revue d'économie politique*, xxxv (1921), págs. 432-62, de J. DELEWSKI y, sobre todo, MITRANY, *op. cit.*, cap. iv. Las memorias de la "abuela de la revolución rusa", KATERINA BRESHKOVSKAIA (*Hidden Springs of the Russian Revolution*, Stanford, 1931) tienen interés como historia personal.

(27) MITRANY, *op. cit.*, pág. 40.

cuantitativo las distintas actividades de la producción agrícola, TSCHAJANOV confiesa su disgusto ante el hecho de que no tengamos todavía una teoría del comportamiento económico del campesino. De manera significativa, hace notar que entre la economía clásica y una teoría económica de una comunidad campesina parece existir la misma relación que entre la geometría euclidiana y la no euclidiana. No obstante, termina admitiendo que no es fácil elaborar una teoría abstracta de la economía agraria (28).

Cualquiera que sea la explicación que se dé del agrarismo en este punto, no cabe ejemplo más dramático del desastre a que está abocado todo aquel que —al formular una política económica— prescinde del análisis teórico, que la suerte, de todos conocida, que corrieron los partidos agrarios de la Europa oriental.

II. LA SUPERPOBLACIÓN: EXAMINÉMOSLA DE NUEVO

1. *Los hechos analizados.*

Los agraristas han tenido en todo momento conciencia de que la plaga de casi todas las economías agrarias subdesarrolladas es la superpoblación y de que, por consiguiente, el problema de una economía campesina es, en gran medida, un problema demográfico (29). Está, pues, justificado que intentemos ver si un análisis de la superpoblación nos lleva a desentrañar este “nudo” del agrarismo.

Cuando alguien habla de “exceso” esperamos, como es natural, que nos lo defina tomando como punto de referencia lo que en cierto modo representaría la situación óptima o normal. Pero definir lo “normal” o lo “óptimo” no es cosa fácil, sobre todo frente a un relativista ergotizante. El relativista podría decirnos, por ejemplo, que el exceso de capacidad de una industria monopolista no pasa de ser una ficción, porque toda esa capacidad podría ser utilizada si se suprimiera el monopolio, instaurando en su lugar un sistema distinto de distribución. MARX se coloca en una posición muy parecida a ésta cuando nos dice que la superpoblación existe únicamente en relación “con el promedio de necesidades de la autoexpansión del capital” (30). Como quiera que sea,

(28) *Op. cit.*, pág. 130.

(29) Cf. TSCHAJANOV, *op. cit.*, pág. 131, por ejemplo.

(30) *Capital*, I, cap. xxv, sec. 3, pág. 695.

hemos de admitir que el concepto de superpoblación presenta dificultades poco comunes. Hablar de población normal (u óptima) implica el concepto de vida normal (u óptima). Y aun en el supuesto de que este último fuera un concepto menos inaprensible, nos seguiría siendo imposible fijar un nivel "normal" válido para todos los tiempos y todos los lugares. Para no caer en la conclusión trivial de que cada densidad de población es normal para el momento y el lugar en que vive, se hace necesario adoptar algún criterio de normalidad. Criterio que puede ser estático o dinámico, según el problema de que se trate (31).

Desde que se vienen utilizando datos estadísticos con fines comparativos, se ha visto que algunos países agrícolas presentan síntomas que sugieren la existencia de cierto tipo de superpoblación. Se ha hecho notar que, dados por ejemplo los datos siguientes, en dos economías eminentemente agrícolas:

	Dinamarca	Yugoslavia
Habitantes por Km ² de tierra laborable	36-6	157-4
Trigo cosechado (en quintales) por ha.....	22-9	11-0

aun en el caso de que Yugoslavia pudiera elevar su cosecha agrícola hasta el nivel de Dinamarca, el promedio yugoslavo seguiría siendo sólo la cuarta parte del promedio de grano de Dinamarca. Esta observación dio pie al rudimentario concepto de superpoblación relativa, sobre el que se basan las medidas de superpoblación en que se toma como patrón un cierto volumen de grano (32). En general, se considera que el concepto de superpoblación relativa así definido es ambiguo, y discutible el procedimiento de su medición (33). Sin embargo, el principal inconveniente de este punto de vista es que desvía el análisis de su recta dirección. Porque, en efecto, una diferencia en la producción nacional *per capita* (o en un sector de ella) puede ser un síntoma de la diferencia entre dos sistemas económicos, pero en modo alguno una coordenada intrínseca de esta diferencia. De otro modo, habríamos de considerar el sistema

(31) MARX sostiene, por ejemplo, que el gran desarrollo de los medios de comunicación en los EE. UU. hacia la mitad de la pasada centuria hizo que aquel país tuviera mayor densidad de población que la India. *Ibid.*, i, cap. xiv, sec. 4, pág. 387.

(32) Cf. W. E. MOORE, *Economic Demography of Eastern and Southern Europe*, Ginebra, 1945, cap. iii.

(33) *Ibid.*, págs. 55 y ss.

económico de Bélgica como distinto del de los EE. UU., Pero la idea de que la diferencia entre una economía agraria y una economía capitalista es meramente gradual, y no esencial, está todavía muy difundida.

Y, no obstante, los elementos para dar solución al problema estaban al alcance de la mano. Hacia 1930, estudios realizados en distintos países con amplias zonas agrícolas, revelaron el hecho sorprendente de que podía desaparecer una gran parte de la población, sin que decreciera lo más mínimo la producción nacional (34). Los distintos cómputos de población *superflua*, independientemente establecidos para cada caso, se acercan tanto unos a otros que demuestran que nos encontramos ante un fenómeno realmente cuantitativo (35). Si fueran necesarias más pruebas, invocaríamos algunos “experimentos” que la historia ha realizado *in vivo*. Durante dos años después del comienzo de las hostilidades en 1914, la producción agrícola de Rusia se mantuvo al mismo nivel que antes de la guerra, a pesar de que el 40 por 100 de los campesinos varones *útiles* habían sido llamados a filas (36). Lo mismo ocurrió en Rumania durante la segunda guerra mundial. En los casos en que la producción agrícola se vino abajo, durante las dos guerras, en la Europa oriental, fue debido simplemente a la casi total requisa de animales de tiro, a la dificultad de sustituir los aperos ya gastados y, por supuesto, a las perturbaciones causadas por los movimientos de las tropas. Incluso la desaparición de unos 10 millones de campesinos ucranianos durante la llamada liquidación de los “kulaks”, a pesar de que trajo consigo perturbaciones radicales en toda la economía, no tuvo más que un influjo efímero sobre el “output” agrícola (37).

(34) Referencias a los primeros estudios relativos a Polonia y Bulgaria en DOREEN WARRINER, *Economics of Peasant Farming*, Londres, 1939, págs. 68 y ss.

(35) Para Rumania, un estudio calculó el porcentaje de la población campesina *superflua* en 48 (*Enciclopedia României*, Bucharest, 1939, vol. iii, pág. 60), y otro, en 45 (V. MADGEARU, *Evolutia economiei românești după războiul mondial*, Bucharest, 1940, pág. 49). La primera cifra fue establecida utilizando datos de estadísticas nacionales, pero la segunda se estableció por *observación directa* en una vasta zona que abarcaba 60 pueblos elegidos al azar. MOORER, *op. cit.*, págs. 63 y ss., utilizando datos nacionales, llegó a un porcentaje de 51.4.

(36) LEONARD E. HUBBARD, *The Economics of Soviet Agriculture*, Londres, 1939, páginas 59-65.

(37) Cf. *ibid.*, pág. 117. En una publicación reciente (“The Theory of Underemployment in Backward Economies”, *Journal of Political Economy*, lxxv (1957), página 103), HARVEY LEIBENSTEIN hace alusión a ciertas experiencias en el mundo soviético cuando la industrialización produjo una escasez de trabajo en el sector agrícola, pero omite decirnos a qué acontecimientos concretamente se refiere. Me atrevo a pen-

Ahora bien, la simple afirmación de que una parte de la población puede desaparecer sin provocar descenso alguno en la producción total no es suficiente para caracterizar teóricamente la superpoblación. La producción nacional de los EE. UU. *podría* ser mantenida al mismo nivel aun cuando desapareciera una buena parte de su población. La *differentia specifica* entre las dos situaciones se cifra en que, en el segundo caso, la producción nacional podría ser incrementada simplemente con que las gentes decidieran trabajar más horas, mientras que en el primer caso no es así (38). Esta diferencia pone en claro que el punto de partida para buscar una definición de la superpoblación ha de ser una situación en la que la productividad marginal sea igual a cero. Y que existen países en los que, de hecho, la productividad marginal de trabajo es prácticamente igual a cero, es cosa que admiten casi todos los que se dedican al estudio de economías campesinas (39).

Todo esto contradice abiertamente la categórica afirmación de SCHULTZ de que “no hay prueba ninguna de que exista en *ninguna parte* un país pobre que permita suponer que puede transferirse una pequeña fracción (de un 5 por 100, por ejemplo) de la fuerza de trabajo con que cuenta la agricultura..., sin que esto haga disminuir su producción [agrícola]” (40). Nada más lejos de mi mente que impugnar el hecho de que los casos concretos citados por SCHULTZ prueban que, en varios países de la América latina, la producción agrícola decreció efectivamente cuando se transfirió mano de obra a otras actividades (41). Pero esto no es suficiente para justificar su conocida posición de que la explicación que la teoría de la superpoblación da del subdesarrollo “falla, como ‘teoría’... en que las consecuencias que se esperan no son las que uno advierte” (42). sar que representan sólo la escasez ficticia de tipo familiar provocada por la dispersión en masa de los individuos; a menos que reflejen una resistencia por parte de los campesinos o la ineficacia administrativa.

(38) MARX (*Capital*, i, cap. xxv, sec. 3, pág. 698) afirma que si la población de Inglaterra se redujera en la misma proporción en todas las categorías, la población restante “sería absolutamente insuficiente” para mantener el mismo nivel de producción a pesar de los “colosales” medios de que Inglaterra dispone para ahorrar mano de obra. Esto, evidentemente, implica que ningún trabajo especializado deja tiempo *libre*, suposición que es característica de la concepción económica marxista.

(39) E. G. WARRINER, *op. cit.*, pág. 65.

(40) THEODORE W. SCHULTZ, “The Role of Government in Promoting Economic Growth”, en *The State of the Social Sciences*, ed., L. D. White, Chicago, 1956, página 375. (El subrayado es mío.)

(41) *Ibid.*, págs. 375 ss.

(42) THEODORE W. SCHULTZ, *The Economic Test in Latin America*, N. York State School of Industrial and Labor Relations, Boletín 35, agosto de 1956, pág. 15.

La situación de la mayoría de los países de América latina no es idéntica a la de los países de la Europa oriental o de Asia, aunque todos coinciden en esto: en ser países subdesarrollados. Aun cuando la superpoblación va siempre acompañada de un subdesarrollo, éste no es ni la única causa ni una causa necesaria. El subdesarrollo de los países de la América latina puede tener una base distinta de la superpoblación (43). La superpoblación no puede, pues, servir de base para una teoría general de las economías subdesarrolladas, sino únicamente para aquellas realidades económicas en que ella se da. Esto viene a ilustrar concretamente uno de los puntos a que aludía en párrafos anteriores.

Considerar la noción de superpoblación como un mito es, indudablemente, un residuo marxista. Y precisamente porque esta noción tropieza todavía con la oposición de ciertos círculos, creemos pertinente añadir algunas consideraciones. Si en las "llamadas" economías superpobladas —podría preguntar un crítico— la productividad marginal es cero ¿cómo se explica que en esas economías haya más falta de trabajo especializado que en otros países? No me van ustedes a decir —proseguiría— que la productividad marginal de un ingeniero en la India o en Egipto es cero. Pero esta manera de ver el problema entrecera factores evolutivos con conceptos estáticos y confunde trabajo con capital. Todo cambio evolutivo trae consigo una baja de cierto tipo de trabajos especializados (y un excedente de otros), en *cualquier* economía. Italia, por ejemplo, se encuentra seguramente hoy falta de técnicos para sus nuevas industrias de aceites. Sin embargo, esto representa un "cuasi-bottleneck" (diríamos empleando la expresión, de cuño MARSHALLIANO, del profesor LEWIS) (44). Si no tienen lugar nuevos cambios evolutivos, desaparecerá ese "cuasi-estrangulamiento" como desaparecerá toda cuasi-renta. Pero, una vez alcanzado el nuevo equilibrio, ¿pasará la productividad marginal del técnico a ser cero? De ninguna manera. Porque el equilibrio de la productividad marginal de ese técnico no representa sólo la productividad marginal de su trabajo, sino también la del capital invertido en su formación (45). Es evidente que este ra-

(43) A pesar de que mi conocimiento de la situación de hecho en esos países es muy superficial, yo me aventuraría a decir que algunos de ellos están "infrapoblados" relativamente a los recursos naturales de que disponen. Los datos de SCHULTZ vendrían incluso a corroborar este punto de vista.

(44) W. ARTHUR LEWIS, "Economic Development with Unlimited Supply of Labor", *The Manchester School*, xxii (1954), pág. 145.

(45) Otra parte puede reflejar la "renta" de su talento personal, pero esto es un aspecto marginal del problema.

zonamiento considera el trabajo como una cualidad uniforme, plástica, del ser humano y —en mi opinión— sigue en cierto modo la tradición de las teorías económicas clásica y marxista. Pero no veo mejor camino para analizar los problemas suscitados por la *población* en su aspecto puramente cuantitativo. Realmente, esta visión del trabajo es aún más necesaria en el análisis del crecimiento económico que en el de un estado estacionario, en el que la población puede muy bien ser considerada como una distribución congelada de *cualidades*.

Por tanto, la afirmación de que la productividad marginal del trabajo es cero, implica que la productividad marginal del trabajo especializado consiste sólo en la productividad marginal del capital invertido en producir esa especialización. Es muy lógico pensar que una economía superpoblada ha de padecer una escasez de trabajo especializado mayor que una no-superpoblada. Todo parece indicar que una escasez de trabajo especializado significa una escasez de capital, no necesariamente de trabajo. Es característico de las economías superpobladas que el trabajador especializado esté sobrecargado de trabajo mientras al no especializado le queda muchísimo tiempo libre. Más aún, el verdadero aspecto económico de la difusión de la cultura en un país subdesarrollado nos aparece ahora a plena luz: la necesidad de una educación adicional compite con la necesidad de medios físicos adicionales de producción —cosa que a veces pasamos por alto y que, con frecuencia, infraestimamos—. Allí donde los recursos son muy escasos, la libre formación en todo tipo de técnicas es tan *ineconómica* como la producción al azar de equipo capital. Algunos países, como la Rusia soviética, parecen haberse percatado de esta verdad; otros, como Italia, no parecen haberlo comprendido.

No nos quepa, pues, sino recoger estas observaciones. En toda economía —superpoblada o no— no hay más que un camino para medir la productividad marginal del trabajo: medirlo al margen, es decir, allí donde el trabajo no está adulterado por el capital. La productividad marginal del trabajo en cualquier economía es entonces la productividad marginal de su trabajo no-especializado. El hecho de que en los países pobres el trabajo agrícola sea generalmente un trabajo no-especializado es una mera coincidencia de *facto*. Pero este hecho arroja una nueva luz sobre la correlación constante que la literatura económica establece entre la superpoblación y las condiciones de la agricultura. Porque es claro que, si la productividad marginal del trabajo en un país es cero, cero habrá de ser la productividad marginal del campesino.

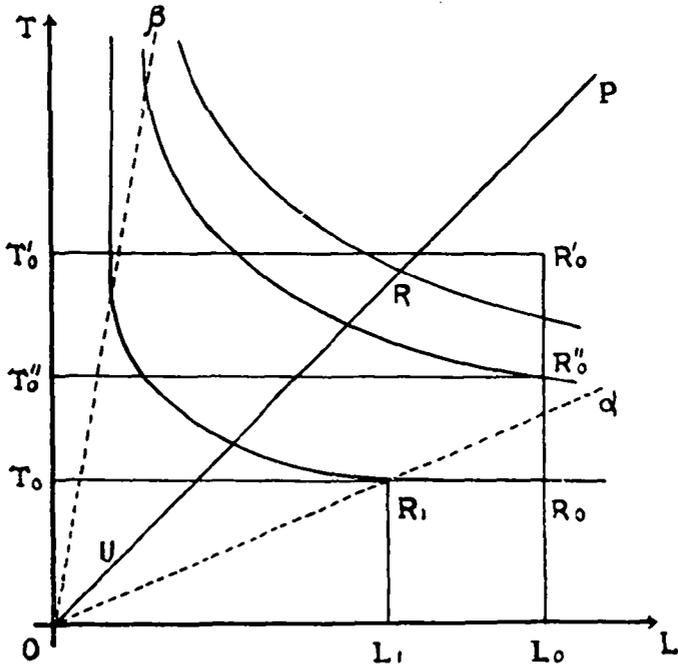
2. *Esquema teórico* (46).

Para hacer la exposición lo más sencilla posible, supongamos que el *producto nacional*, representado en forma agregada por x , esté producido por una "industria" atómica (suposición que está plenamente justificada en las economías agrarias superpobladas). Esto significa que la función de producción de la economía entera es homogénea de primer grado:

$$x = F(L, T) = TG(L/T) \quad [1]$$

donde L representa el trabajo y T una variable compuesta de tierra y capital. Para obtener esta función, para cada proporción de los factores de producción Op (fig. 1), determinamos el valor óptimo de la unidad de producción, U , mediante el sistema

$$T = pL \quad L \frac{\delta f}{\delta L} + T \frac{\delta f}{\delta T} = f(T, L) \quad [2]$$



- Fig. I -

(46) Prefiero el término "esquema" al usado corrientemente, "modelo", porque trato de subrayar la diferencia esencial que hay entre el *modelo-calco* de las ciencias naturales y el *esquema-simil* de las ciencias sociales.

en el que $f(T, L)$ es la función de producción de la "firma". El máximo producto, R , que puede obtenerse de una combinación de factores dada, es igual a OR/OU veces el "output" de U . Esto determina [1] para todo R . Es importante recordar, sin embargo, que para obtener el "output" evaluado según [1], los recursos $R(L/T)$ tienen que dividirse igualmente entre OR/OU unidades idénticas de producción (47). Vemos también que, dadas las cantidades de los factores de producción, la escala óptima para la "firma" se halla determinada *unívocamente* para todo horizonte tecnológico. Por tanto, cuando las condiciones geohistóricas de una economía son tales que todos los recursos disponibles han de ser utilizados en la producción en tanto incrementen el "output", el argumento de la superioridad de una producción en gran escala tiene poco valor en Economía (48).

No es necesario entrar aquí en las razones por las que las isocuantas de una función de producción se hacen, más pronto o más tarde, paralelas a los ejes. Así, por ejemplo, en la región $L O \alpha$ el "output" podrá ser incrementado siempre, y sólo si hay un aumento del factor tierra-capital. Consideramos este factor como limitativo (49). Evidentemente, en la región en la que un factor es limitativo, su productividad marginal es constante, mientras la de todos los demás factores es cero.

Algunas definiciones: Dividamos la población P , de una economía dada, en clase trabajadora P_w y clase "gobernante" P_g . En esta última clase incluimos a todos aquellos miembros de dicha economía que no dependen de jornales o salarios de la "industria" que produce x (50). Sean s y s' el standard de vida individual *mínimo* de la clase trabajadora y gobernante, respectivamente. La posición que adoptamos en este trabajo es la de que estas dos variables están históricamente determinadas

(47) Estrictamente hablando, OR/OU no es necesariamente un número entero, pero para una industria atomística, esto no tiene importancia. Hemos de hacer notar también que U no está a escala en la figura 1; de lo contrario, sería casi imposible distinguirlo de O en el dibujo.

(48) Esta es la falla del argumento propuesto por KAUTSKY y otros, en contra de las parcelas campesinas. Cf. *supra*, pág. 13, núm. 18.

(49) Que no hay que confundir con *limitacional*. Un factor es limitacional cuando su incremento es condición necesaria, pero no suficiente, para incrementar el "output". Cf. N. GEORCESCU-ROEGEN, "Limitationality, Limitativeness and Economic Equilibrium", en *Proceedings of the Second Symposium in Linear Programming*. Washington, D. C., 1955, vol. i, pág. 301.

(50) Esta clase corresponde a lo que VEBLEN ha llamado "kept class". Incluye, naturalmente, todo tipo de servidores, públicos y privados.

y, en consecuencia, pueden ser alteradas por una política económica. Condicionan las necesidades públicas *mínimas* para x (carreteras, armamento, acumulación de capital, etc.). Si designamos este mínimo por E , el minimum de la comunidad es:

$$\chi = P_w s + P_g s' + E \quad [3]$$

Pongamos también:

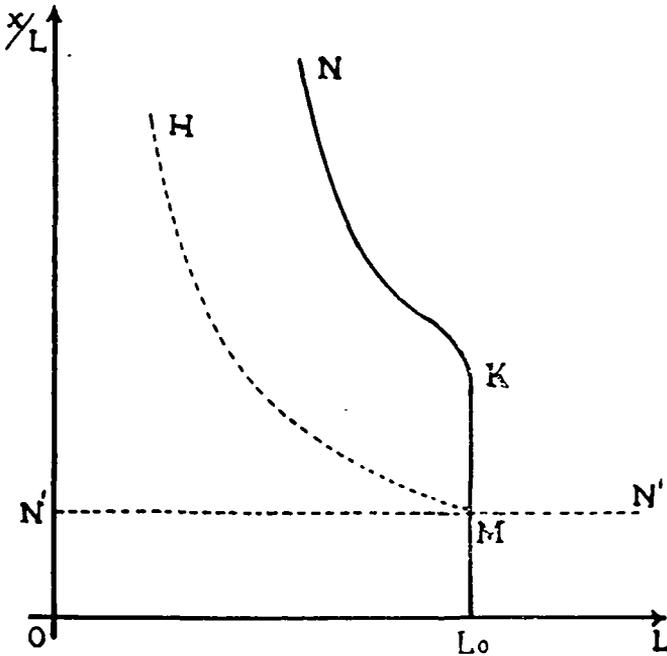
$$F = \Phi P_w, \quad L_o = \delta F \quad [4]$$

donde F es la magnitud de la fuerza *potencial* de trabajo y δ representa el tiempo-trabajo que un obrero puede suministrar *por encima del mínimo biológicamente necesario de sueño y de descanso*. Por simetría, no incluiremos en *tiempo libre* u "ocio" el tiempo necesario para este último propósito.

El problema económico primordial de toda comunidad es encontrar el modo de obtener, con los recursos disponibles, una producción nacional igual, por lo menos, a x . Una de las coordenadas del problema es la disponibilidad de trabajo. Supuesto que la clase trabajadora no puede mantenerse con un ingreso real inferior a $s P_w$, la curva de disponibilidad de trabajo tiene que partir discontinuamente de un punto M de coordenadas $L_o, s P_w / L_o$ (fig. 2). Dado que el hombre vive generalmente en familia, la disponibilidad de trabajo de un individuo depende de los ingresos de su familia. Para obviar la dificultad de una dependencia cíclica, podemos suponer que la disponibilidad de trabajo de la comunidad se obtiene sumando las disponibilidades de todas las familias. Hecha esta observación, consideremos, en primer lugar, la situación en la que los individuos pueden libremente vender *tiempo libre* (al precio de la escala de salarios) y representemos por MKN la cantidad de trabajo ofrecido en distintas escalas de salarios. Evidentemente, MKN es la disponibilidad de trabajo a corto plazo en una economía de salarios (51). Su relación con el campo de preferencias se ve más

(51) La economía clásica sostiene que el equilibrio de la escala de salarios a largo plazo es constante, e igual a ON' , de manera que $N'N'$ representa la curva de disponibilidad de trabajo a largo plazo. Para la economía marxista, sin embargo, $N'N'$ representa la disponibilidad de trabajo a corto y a largo plazo (consecuencia directa de su idea de una reserva permanente de hombres). Esta es la expresión analítica de ese rasgo típico de la economía marxista que es negarse a admitir que exista relación alguna entre el factor económico y el demográfico. Véase, sobre este punto, una carta de ENGELS en *Correspondence*, pág. 199.

claramente refiriéndolo a un mapa familiar de curvas de indiferencia. En la figura 3, $OE = \delta$ y $OF = s$. El problema económico del trabajador es, de hecho, un salto discontinuo: de E, en el que su ingreso natural le coloca, hasta cualquier punto del área $XF'F'E'$ (fig. 3a). A qué punto irá finalmente a parar, depende del tipo de sistema económico en que vive. Si se trata de un mercado de salario libre, su oferta de



- Fig. 2 -

trabajo está dada por una curva (FF'') hicksiana de "precio-consumo", y todo va bien. Un patrón muy frecuente de conducta es aquel para el cual la disponibilidad de trabajo es inelástica para escalas de salarios que están justo por encima del *mínimum* posible (esto es, de la pendiente de FE). Como quiera que sea, no hay inconveniente en admitir que la curva de disponibilidad de trabajo tiene en todas partes una elasticidad inferior a la unidad. La literatura referente a países subdesarrollados menciona, sin embargo, muchas veces un patrón de conducta muy curioso: el del individuo que una vez ha ganado el *mínimum* de subsistencia, no se interesa ya, exclusivamente, más que por el ocio. Se comprende que este comportamiento desespere a cualquier político: el indi-

viduo parece negarse a dejarse desarrollar. Esta conducta da el mapa de indiferencia que muestra la figura 3b, y una curva de disponibilidad representada por una rama de una hipérbola equilátera MH (fig. 2) (52). Cualquiera que sea el patrón de conducta, la curva MH constituye un elemento importante del análisis de la distribución: representa el promedio mínimo de participación por unidad de trabajo-tiempo para cualquier cantidad de empleo.

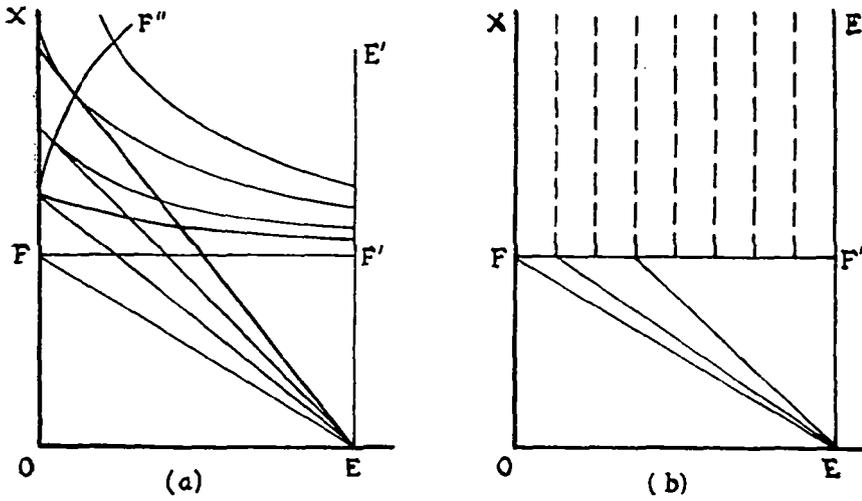
La segunda coordenada del problema económico es la productividad del trabajo, supuesto que todos los recursos tierra-capital, T_0 , se empleen en la producción de x . La curva μA , que representa la productividad media del trabajo varía, evidentemente, con T_0 , pero su forma presenta algunos rasgos constantes (fig. 4). Todas estas curvas empiezan por un segmento horizontal al mismo nivel $O\mu$, porque x/L se mantiene constante en $TO\beta$. Coinciden, además, con hipérbolas equiláteras por debajo del nivel $O\mu'$, igual al valor de x/L de $O\alpha$ (53).

Si T es suficientemente grande, la curva de la productividad marginal del trabajo μB corta a MN en B (fig. 4a). En este caso tenemos todos los datos para la solución del problema económico de la comunidad, de acuerdo con el principio de productividad marginal (siempre que $s'P_g + E$ no sea demasiado grande, como ha sido el caso en muchos países durante las dos guerras mundiales). La economía puede incluso asignar parte de T para su utilización directa por los consumidores, de forma que, aunque los recursos disponibles estén representados por R'_0 , sólo las cantidades representadas por R son utilizadas en la producción (figura 1). En el extremo contrario, para valores bajos de T_0 , tenemos el caso en que la curva media de productividad del trabajo μA está por debajo de $\mu'\mu'$ para $L = L_0$ (fig. 4b). Este es el caso de la *superpoblación estrictamente dicha* (54) (corresponde a R_0 en la fig. 1). Es evidente que en esta situación no puede haber ventaja económica ninguna en utilizar

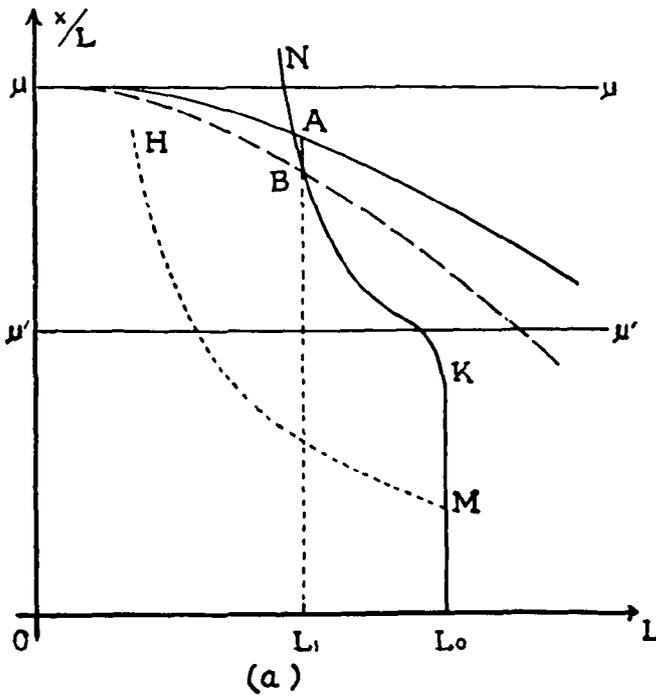
(52) Creo que para este tipo de comportamiento hemos de suponer un índice marginal cero de sustitución entre el ingreso real y el ocio. Pero si me equivoco, los políticos que se enfrenten con esta desesperada reacción a un esquema de salarios, podrán obviar la dificultad imponiendo una *corvée* a la vez que una escala de salarios muy alta para el trabajo libremente contratado. Un simple diagrama hará ver que de este modo se puede inducir al individuo a entrar en el área $XFFE'$.

(53) $TO\beta$ y $O\alpha$ se refieren a la figura 1.

(54) Consideramos sólo el caso en que μA corta a MN . El caso contrario envuelve aspectos malthusianos, muy interesante, pero que exceden del propósito de este trabajo.

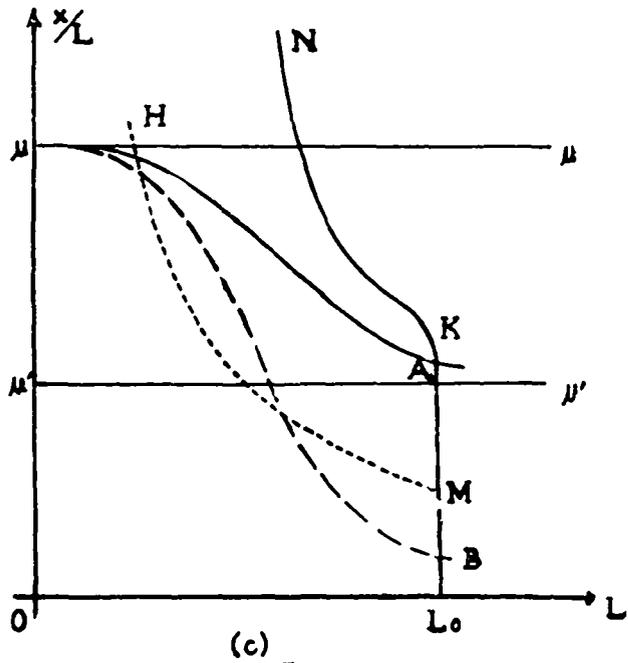
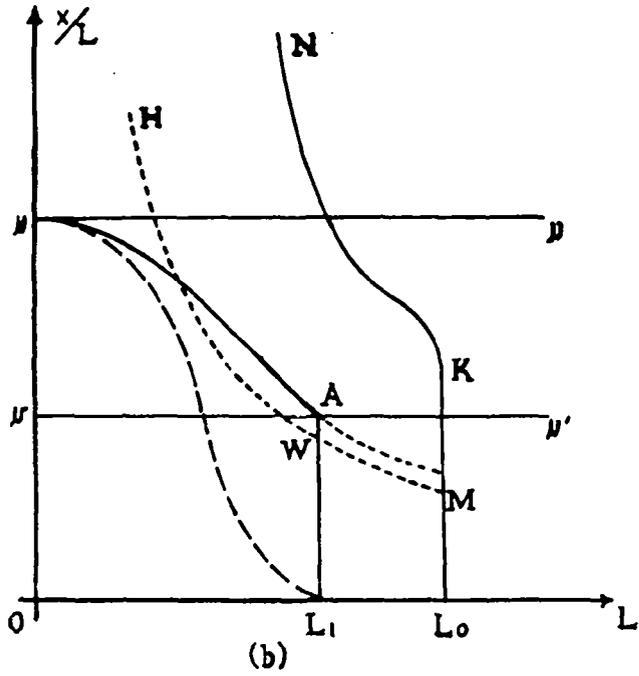


- FIG. 3 -



(a)

- FIG. 4 -



- Fig. 4 -

trabajo pasado L_1 , en que la productividad marginal se convierte en cero. Para seguir existiendo sin ser dominada por fuerzas malthusianas, la economía no puede tener un $s' P_g + E$ superior a $A W \times L_1$. En la práctica, no obstante, se alcanza siempre ese máximo y, ordinariamente, en los países superpoblados $x = X_0$, siendo X_0 la producción nacional máxima que puede obtenerse con los recursos disponibles. Sin embargo, es obvio que la economía no puede funcionar de acuerdo con los principios de la teoría de productividad marginal. Esto es verdad también para una economía en la que la productividad marginal de trabajo es positiva para $L = L_0$, no siendo mayor que $L_0 M$ (fig. 4c). Por ésta y otras razones, esa economía ha de ser considerada como superpoblada, pero sin el calificativo de "estrictamente" superpoblada (55).

La conclusión importante es que la superpoblación está en correlación con un T_0 bajo o, más exactamente, con un T_0/L_0 bajo. Superpoblación es, pues, el equivalente de pobreza, y la situación contraria, el equivalente de "tierra-abundante". En el mundo real, sin embargo, la mayoría de las economías *agrarias* subdesarrolladas son pobres no sólo porque la tierra sea insuficiente, sino también por una falta crónica de capital. En estos países, la diferencia entre T_0 y la cantidad de tierra utilizable, A_0 , es prácticamente despreciable. Esto justifica el uso de L_0/A_0 como índice ordinal de superpoblación agrícola, en lugar de L_0/T_0 . Finalmente, sustituyendo L_0/A_0 por P/A_0 , obtenemos la forma más comúnmente empleada, pero más tosca, de dicho índice.

3. Otras observaciones.

Al enfocar los resultados de la economía en conjunto, el economista tiene que elegir entre utilizar el aparato del "equilibrio general" o un esquema agregativo. En el primer caso, tiene que resignarse a una cierta esterilidad en las cuestiones prácticas; en el segundo caso, tiene que aceptar las calamidades teóricas de la agregación. Por varias razones me he decidido por el segundo procedimiento. Sin embargo, pueden ilustrarse las condiciones de la superpoblación con un esquema en el que la producción nacional no esté completamente agregada. Supongamos que la economía produce un producto agrícola X_1 y un producto industrial X_2 . Sin olvidar que en una economía superpoblada el "standard" de vida cubre a duras penas las necesidades más elementales y que estas

(55) En la Fig. 1 este caso corresponde a R''_0 .

necesidades son extremadamente rígidas, podemos seguir suponiendo que ninguno de los dos productos es reemplazable. Si la producción mínima

necesaria está representada por X_1^0, X_2^0 , el caso de superpoblación está representado en la figura 5a. La única solución es M, donde la productividad marginal de trabajo es cero en los dos sectores de producción. Por tanto, tampoco en este caso tendrá ventaja ninguna emplear trabajo por encima de L_1 .

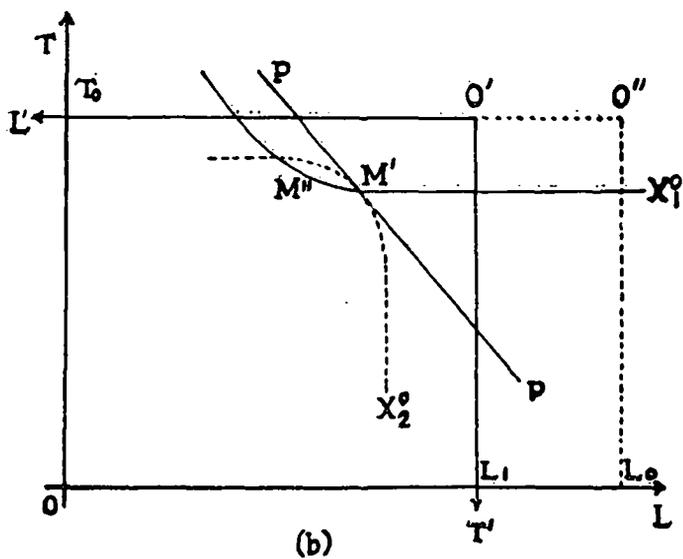
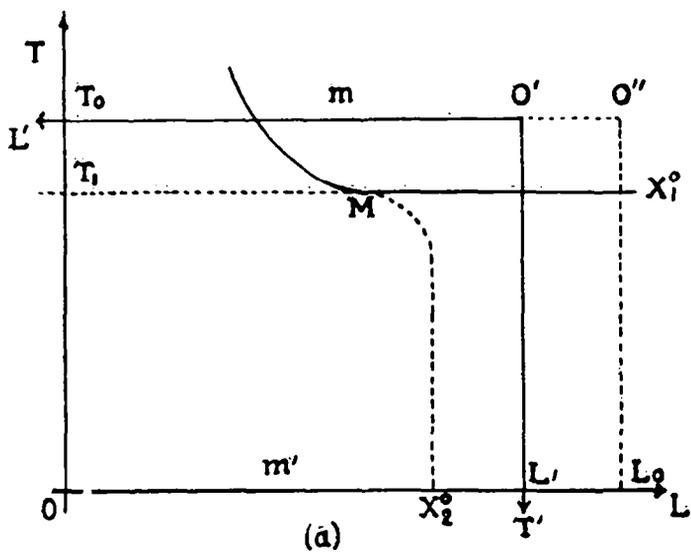
El esquema de la figura 5 nos plantea una serie de problemas interesantísimos. Mencionaremos sólo uno. Una economía no-aislada puede escoger entre producir un producto determinado en el interior u obtenerlo por importación. Se plantea entonces la cuestión de si la renta nacional resultante (X'_1, X'_2) permite a una economía superpoblada ir de M a m (o m'), en que la productividad marginal del trabajo es positiva (fig. 5a). No podemos entrar aquí en este intrincado problema, pero hagamos notar, por lo menos, que ningún país agrario parece haber podido escapar a las condiciones de la superpoblación mediante la mera importación. Hay todas las probabilidades de que la superpoblación siga siendo un problema local, que habrá de paliar con remedios locales, mientras las gentes en general ni quieran ni puedan abandonar sus propios países.

III. ANÁLISIS DE LOS RESULTADOS TEORÉTICOS

1. *Beneficio versus diezmo.*

La cuestión de si el sistema walrasiano tiene o no solución matemática ha sido considerada siempre como crucial para la teoría "standard". Pero ningún economista "standard" parece haberse fijado en que el sistema walrasiano plantea una cuestión mucho más vital: ¿es su solución matemática también una solución económicamente válida? Todos los que se han ocupado del difícilísimo problema de la existencia de la solución matemática han dado por descontado que era válida. Recordemos que ABRAHAM WALD se contentó con probar que en un sistema walrasiano (simplificado) los precios de "equilibrio" son no-negativos (56). WALD no era del todo un economista, pero tras la publicación de su tra-

(56) ABRAHAM WALD, "On the System of Equation of Mathematical Economic", *Econometrica*, XIX (1951), págs. 368-403.



- FIG. 5 -

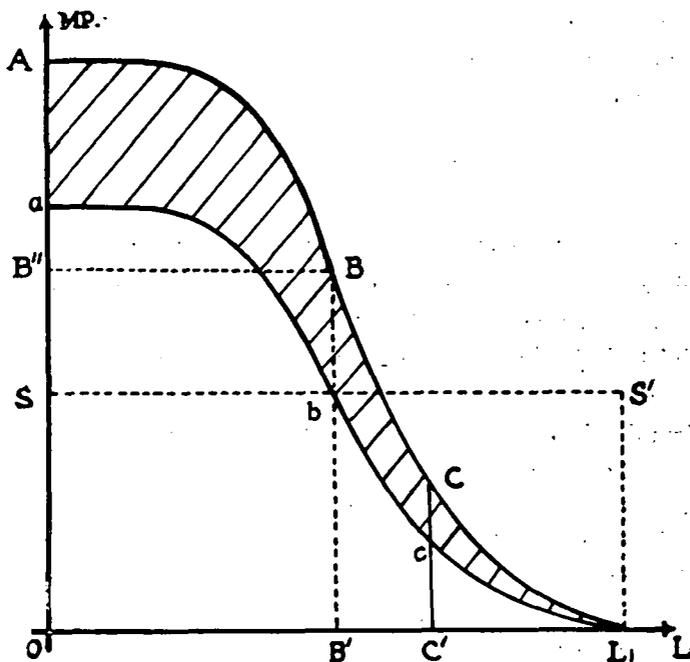
bajo en Alemania (1934), ningún economista hizo notar que, a menos que sepamos, además, que el precio "equilibrio" del trabajo es por lo menos igual al mínimo de subsistencia biológico, el teorema tiene muy escaso interés en economía. El verdadero aspecto económico del problema está claramente dejado de lado en la recientísima obra de ARROW y DEBREU. Estos autores parten ya del supuesto de que *todo* miembro de la comunidad dispone *ab initio* de un ingreso suficiente para el transcurso entero de su vida (57). Sin embargo, lo que realmente sabemos es que el hombre dispone de un trabajo cuya eficacia es limitada y de unos recursos que puede utilizar en cantidades limitadas. Estos límites en ciertos casos pueden ser tales que, aun cuando la economía puede producir un ingreso real suficiente, sin embargo, esta solución *económica* no puede ser alcanzada por el mecanismo de productividad marginal, que es parte integrante del sistema walrasiano (58). Hemos visto que las economías superpobladas están en esta situación especial. El problema está ahora en ver cómo puede ser regulada la producción y distribución en una economía de este tipo.

Nos da una idea de por dónde puede resolverse el problema la observación de que la superpoblación agrícola es de ordinario manifiesta en países en los que el feudalismo ha sido suplantado muy tardíamente por el capitalismo. Para ver la diferencia entre la distribución bajo el feudalismo y bajo el capitalismo, tracemos la curva familiar de la producción marginal de trabajo en el T_0 disponible $ABC L_1$, en la figura 6. Tracemos también $abc L_1$, de manera que la razón entre la ordenada del área rayada y la de $ABC L_1$, es decir, entre cC y $C'C$, sea igual a la razón diezmo ρ . Es elemental que si el trabajo OB' es utilizado en la producción, la parte correspondiente al empresario-terrateniente es $AabB$, en el sistema feudal, y $AB''B$, bajo el capitalismo. La diferencia entre los dos sistemas es, pues, clara. Pero existe también una analogía: al interés de la clase gobernante, en el sistema capitalista, por elevar al máximo la renta-beneficio corresponde, en el feudalismo, el interés

(57) K. J. ARROW y G. DEBREU, "Existence of Equilibrium for a Competitive Economy", *Econometrica*, xxii (1954), págs. 266-270.

(58) Puede parecer que esto contradice el teorema de ARROW y DEBREU. Pero no es así. Ciertamente, su demostración supone el problema económico ya resuelto: el individuo ha saltado de E a $XFF'E'$ (fig. 3a). Desde su punto de vista la solución walrasiana puede consistir en que cada cual conserve su posición inicial sin ninguna alteración.

de esa misma clase por elevar al máximo el diezmo (59). Es obvio que; para cualquier valor dado de ρ , el diezmo llega a su máximo en L_1 . En países estrictamente superpoblados, este máximo será alcanzado a resultas de la propia necesidad del trabajador de asegurarse, por lo menos, una parte igual a sP_w . Tampoco debemos olvidar que en el sistema



- FIG. 6 -

feudal de distribución, hay trabajadores que ganan más de lo que aportan al "output". Esto se ve inmediatamente si trazamos $OSS'L_1$ de forma que su área sea equivalente a $OabcL_1$; todo trabajo comprendido en-

(59) La gama de las relaciones económicas bajo el feudalismo es casi infinita. Sin embargo, los rasgos más frecuentes de la economía feudal son la *corvée* y el reparto de la cosecha. La *corvée* solía consistir en trabajos realizados en la casa, en el campo sobre determinados cultivos pertenecientes a la propiedad (viñedos, huertos, jardines) y en trabajos públicos. Las dos instituciones han sobrevivido a la abolición legal del sistema feudal, como tuvimos ocasión de observar durante nuestra propia gira por la Europa oriental. Emplear el término "diezmo" para la parte que corresponde al propietario de la tierra, concedemos que resulta impropio, pero es útil.

tre B' y L_1 recibí más de su contribución *net*a al "output". Este aspecto del feudalismo encuentra una confirmación histórica llamativa en el caso de los espigadores a quienes se repartió una cantidad de grano mayor de la que han espigado. En contraste con esto, el capitalismo no tiene sitio para los espigadores.

Ni que decir tiene que una clase gobernante feudal intentará alcanzar un *maximum maximorum* de diezmo, elevando al máximo también ρ . Es obvio que el máximo de ρ viene dado o bien por la razón $\dot{A}W/A L_1$, de la figura 4b, o bien por la relación:

$$X_0(1 - \rho) = s P_w \quad [5]$$

Esto significa que los trabajadores reciben sólo el mínimo de subsistencia. No obstante, esto no es una condición *sine qua non* del sistema, porque, al menos en una economía estrictamente superpoblada, el trabajador seguirá trabajando hasta alcanzar L_1 , incluso en el caso de que ρ sea igual a cero.

La fórmula de que "el trabajador ha de ser pobre para ser industrial" llegó a ser la clave del sistema feudal únicamente cuando dejaron de existir las condiciones de estricta superpoblación, debido a las reclamaciones de tierras, al incremento en la acumulación de capital y, por último, al aumento de la productividad del trabajo resultante del progreso técnico. Estos factores hicieron ascender y desviarse hacia la derecha las curvas de productividad del trabajo. Al final, la productividad marginal de trabajo para $L = L_0$ pasó a ser positiva, pero inferior todavía a $M L_0$ (fig. 4c). Evidentemente, la economía en cuestión no estaba aún preparada para una fórmula capitalista. Y por ello, el feudalismo, que podía todavía ofrecer una solución al problema de la distribución, continuó existiendo, si bien lastrado por un nuevo conflicto. Si la productividad marginal del trabajo es positiva para $L = L_0$, el elevar al máximo el diezmo exige que los trabajadores no dispongan de tiempo libre. El que trabajen hasta ese límite por voluntad propia en un país (no estrictamente) superpoblado, depende del valor de $X_0(1 - \rho)$, es decir de ρ . Para lograr que los trabajadores deseen trabajar hasta L_0 , la parte proporcional de trabajo no ha de exceder de $L_0 K$. Así es como la fórmula antes mencionada llegó a ser un dogma económico indiscutido en el feudalismo tardío. Incluso QUESNAY sostuvo que el obrero que puede com-

prar el pan a bajo precio se hace “holgazán y arrogante” (60). Prueba de lo hondamente enraizada que debió de estar esta fórmula (por lo menos en el feudalismo tardío) es el eco que tuvo en la literatura económica incluso hasta bien entrado el siglo XIX (61).

Con una razón T_o/P demasiado baja todavía para que la curva de productividad marginal de trabajo corte a la curva de disponibilidad de trabajo, no era sino natural que la fórmula feudal fuera utilizada también por el sector no agrícola durante la primera fase de la revolución industrial y que sobreviviera, por inercia, hasta bastante después de haberse iniciado el capitalismo. Sólo esto explica que MARX confundiera la fórmula básica del feudalismo con un rasgo esencial del capitalismo y formulara así una teoría de la plusvalía que no es sino una elaboración de una condición [5].

2. *Discusión de la conducta.*

Muchas veces, ciertos organismos de un sistema sólo se hacen visibles a la luz de una estructura que contraste con ellos. Este es el caso —como hemos visto— de algunos aspectos de la teoría de la productividad marginal al ser confrontados con un mecanismo feudal en un país superpoblado. Lo mismo ocurre con el patrón EDGEWORT-PARETO de comportamiento individual, al ser contrastado con el comportamiento de una comunidad agraria (campesina).

Los fundadores de la moderna teoría de la utilidad convienen todos en que “cada individuo actúa como él lo desea” (62), afirmación que se viene repitiendo desde entonces en una u otra forma. Pero su verdad es

(60) *Oeuvres économiques et philosophiques de F. Quesnay*, ed. por AUGUSTE ONCKEN, París, 1888, pág. 248. La única objeción suscitada por QUESNAY es que el abuso de esta fórmula puede llevar al trabajador a un estado tan próximo al del animal que acabará por comportarse como él, es decir, responderá únicamente a las más elementales necesidades del momento y perderá así todo interés por su propio progreso económico (*ibid.*, pág. 354). Este comportamiento corresponde al de la figura 3b. El hecho de que haya sido frecuentemente constatado en los países más pobres sometidos a una larga explotación confirma las observaciones de QUESNAY sobre este punto.

(61) *An Inquiry Into Those Principles Respecting the Nature of Demand*, Londres, 1821, pág. 67, citado por MARX, *Capital*, I, cap. xxiv, sec. 3, pág. 653.

(62) IRVING FISHER, *Mathematical Investigations in the Theory of Value and Prices*, New Haven, 1925, pág. 11. Véase también VIFREDO PARETO, *Manuel d'économie politique*, París, 1927, pág. 62.

hasta tal punto tautológica que no tiene valor alguno para el que estudia la conducta humana; porque lo que éste trata de averiguar es precisamente qué es lo que el individuo desea. Para contestar a esta pregunta, la teoría "standard" supone que lo que el individuo desea puede ser expresado en una función $\phi(Y)$ que comprenda sólo las cantidades de mercaderías *de su propiedad* (representadas por el vector Y). A esto es a lo que antes aludía al hablar de comportamiento *estrictamente hedonista*.

Es indudable que esta descripción es rigurosamente verdadera para ROBINSON CRUSOE, pero difícilmente cuadraría a la mayor parte de los individuos que viven en sociedad. Porque incluso el *homo capitalisticus* —que la teoría "standard" intenta describir— modifica muchas veces sus gratificaciones según la idea que se hace de las necesidades del que va a recibirlas, o se hace cliente de una tienda únicamente porque su propietario está duramente apremiado. Sea o no esta conducta reflejo de la facultad de cotejo inter-personal de las necesidades, queda en pie el hecho de que más de un individuo reacciona ante los cambios en los ingresos de los demás. Una visión más realista del asunto nos lleva, por tanto, a considerar la ofelinidad:

$$\Omega = \phi(Y; Y_s) \quad [6]$$

como una función no sólo de Y , sino también de Y_s , que representa el criterio personal con que el individuo ve el bienestar de su comunidad. El individuo descrito en [6] reacciona todavía hedonísticamente —es decir, siguiendo su deseo—, pero no de manera *estrictamente hedonista* (63).

El problema de la distribución individual en un grupo pequeño —como es sabido— no tiene equilibrio determinado en un esquema puramente mecanístico, tanto si se refiere a una industria oligopolista como a un pequeño mercado. En la práctica, sin embargo, sólo se llega a una solución si el grupo sigue algún patrón institucional nacido de sus condiciones históricas particulares. Y no nos engañemos: el *leadership* de los precios, las cuotas de cartel, la competencia, y tantas

(63) Claro está que el comportamiento hedonista no tiene por qué implicar necesariamente un comportamiento "altruista"; todo depende del signo de $\delta\phi/\delta Y_s$. El patrón [6] se ajusta perfectamente al individuo que aspira a "alternar con los Pérez" y a quien, por consiguiente, le "duelen" los aumentos en los ingresos del vecino.

otras cosas, son patrones culturales en la misma medida que el "trabajar la tierra de la viuda" o la dote matrimonial, por ejemplo. Sin patrones institucionales relativos a la distribución, ni las primeras sociedades humanas, necesariamente reducidas, hubieran podido alcanzar ese "modicum" de estabilidad que es condición *sine qua non* de una existencia orgánica. Forme o no parte de la naturaleza originaria del hombre, la facultad de "simpatía" hacia su vecino, esta facultad tenía que estar ya desarrollada para cuando se formaran las primeras comunidades viables. Todavía hoy sólo un tipo de conducta conforme a [6] explica la estabilidad de las pequeñas comunidades. Lo cual, como es natural, se aplica en primer lugar a las comunidades rurales.

Toda descripción de cómo está regulada la distribución individual en una comunidad rural ha de incluir, para ser completa, los patrones institucionales que predominan en esa comunidad determinada. Por eso el esquema mecanístico de la conducta del campesino, como el esquema de la teoría "standard", ha resultado un imposible para todo el que pensó en ello (64). Y no es eso todo. Cuando al fin decidimos estudiar las instituciones rurales para llegar a componer un *homo oeconomicus* que represente al campesino, pronto descubrimos que esas instituciones son de una variedad casi infinita, lo cual impide llegar a una clasificación adecuada. Es natural que un problema tan desconcertante e inabismable como la conducta del campesino haya sido poco estudiado y no se deje encerrar en una simple fórmula.

La pequeña comunidad no sólo necesita un tipo de conducta orientado también por Y_s , sino que ofrece además las condiciones necesarias para que tenga operabilidad la fórmula [6]. En este tipo de comunidad el individuo se da cuenta de que sus acciones influyen también indirectamente en su propia ofelicidad por la coordenada Y_s . Y todos los individuos llegan a tener una idea bastante exacta de la situación de los demás. Si no se cumplen estas dos condiciones, la coordenada Y_s no puede ser un agente activo de la conducta del individuo, aun cuando Y_s sea un elemento de su ofelicidad. El mejor ejemplo nos lo ofrecen las aglomeraciones urbanas de una sociedad industrial. En estas grandes comunidades, el individuo ya no puede conocer la situación de todos y cada uno de sus compañeros. Por otro lado, se da cuenta de que la influencia que puede ejercer sobre la variable Y_s , con sus acciones aisladas, es infinitesimal. Y se siente, así, naturalmente impulsado a conducirse como si Y_s no entrara en su función de ofelicidad. No podemos por menos de notar la gran semejanza que hay entre esta situa-

ción y la del productor individual en una industria atomística; también él se ve impulsado, por su peculiar situación, a actuar como si su oferta no tuviera influencia ninguna sobre los precios del mercado. Dos son, pues, las razones del éxito de la teoría "standard" al haber supuesto un *homo oeconomicus* estrictamente hedonista. El éxito *teorético* se debe a la simplicidad de la estructura atomística —razón confirmada también por lo acabado de la teoría de la competencia industrial— (65). El éxito *práctico*, por su parte, se debe al hecho de que la teoría ha sido aplicada siempre a una economía capitalista.

Sin embargo, como J. M. CLARK hizo ya notar, la demanda (esto es, la demanda derivada de la conducta puramente hedonista) no puede reflejar los objetivos sociales de la comunidad (66). Porque el hecho de que el *homo capitalisticus* se comporte en general como si su ofelimity fuera independiente de Y_s , no significa, como ha solido decirse, que sea fundamentalmente egoísta en comparación con el *homo agricola*. No obstante, un eclipse prolongado de la variable social Y_s , como coordenada de conducta, puede ser causa también de la desaparición de esa variable de la función de ofelimity (es decir, de su "tener en cuenta" al individuo). De hecho es lo que ocurrió en el ápice del liberalismo burgués en Occidente, cuando los bienes económicos, en sentido estricto, se convirtieron en coordenada única de conducta "racional". Como escribió un populista hacia 1870, en esta conducta no caben los principios de justicia y solidaridad de la vida en los pueblos; sólo cabe el éxito conseguido "con astucia y fraude" (67). Una sociedad no puede durar mucho asentada sobre estas bases; prueba de ello es la aparición gradual del estado de bienestar. Y, prolongando el paralelismo, hagamos notar que el estado de bienestar es un auténtico cartel, el cartel de una sociedad atomística que se propone enfrentarse con un problema ante el cual la acción aislada es inoperante. Esta es la *raison d'être* de todo cartel. Sin embargo, el cartel del estado de bienestar es una institución en la misma medida en que lo son los patrones sociales de las comunidades campesinas.

(64) Cf. TSCHAJANOV, *op. cit.*, pág. 131.

(65) La perfección de la teoría del monopolio tiene también su contrapunto en la teoría del consumidor. Como acabamos de hacer notar, en una mono-sociedad como la de R. CRUSOE no hay posibilidad de que ψ contenga Y_s .

(66) J. M. CLARK, "Economic Theory in an Era of Social Readjustment", *American Economic Review*, ix (1919), supl. 288 y ss.

(67) Citado por MITRANY, *op. cit.*, pág. 40.

IV. OBSERVACIONES FINALES

Algunas conclusiones de nuestra exposición están directamente relacionadas con resultados prácticos y, por ello, nos ha parecido oportuno recogerlas en este último apartado.

1. El esquema indiferenciado del equilibrio general no puede sino distraer nuestra atención del papel único que el "ocio" desempeña en economía. Por ejemplo, el hombre se ha esforzado siempre por descubrir procedimientos para ahorrar mano de obra porque, a largo plazo, el ocio resulta un *sumum bonum* económico (y sólo por esta razón). Por otro lado, a corto plazo, el ocio puede *no ser deseado* económicamente. Una economía adelantada, como la representada por la figura 4a, puede muy bien tener menos ocio que una economía estrictamente superpoblada (fig. 4b). Y, en efecto, los visitantes procedentes de tierras de abundancia señalan muchas veces, censurándolo, el hecho de que las gentes de países pobres se entregan más tiempo al ocio que ellos mismos. Parecen ignorar el hecho de que en los países estrictamente superpoblados el individuo no tiene elección: el ocio le está impuesto por condiciones geohistóricas y no es el resultado de una elección entre una mayor cantidad de tiempo libre o mayores ingresos reales, como en las economías adelantadas. En una economía estrictamente superpoblada, el tiempo libre no es propiamente hablando un bien económico porque no puede ser gastado más que en ocio. No puede tener, pues, más que valor cero (68). Esta característica peculiar de la economía estrictamente superpoblada, a saber, que el tiempo libre no tiene valor aunque el trabajo tenga un "precio" positivo implica la definición de renta nacional.

WALRAS parece haber sido el primer economista que incluyó el ocio en la renta nacional (69). Si la toma x como *numéraire*, y w y r representan los precios de L y T, respectivamente, la definición de WALRAS de la renta nacional asciende a

$$\Phi = x + w l + r t = w L_0 + r T_0 \quad [7]$$

(68) Una prueba más de que MARX atribuye al capitalismo rasgos del feudalismo es el hecho de que su teoría económica supone que la fuerza del trabajo no tiene valor-útil para su poseedor. Cf. KAUTSKY, *The Economic Doctrines*, pág. 60.

(69) LEON WALRAS, *Elements of Pure Economics*, Homewood, III, 1954, páginas 215-379.

donde l , t son las cantidades de L , T directamente utilizadas por los consumidores. La importancia económica de [7] quedó claramente demostrada más tarde por la famosa proposición de BARONE sobre la economía del bienestar. Recordemos que esta proposición establece que, para precios dados de L y de T , el bienestar óptimo requiere que la renta nacional walrasiana sea máxima (70). De aquí se sigue que si la renta nacional ha de ser utilizada como índice del progreso económico, su única definición racional será [7]. Pero el razonamiento de BARONE es válido sólo para una economía desarrollada en que el ocio es un tiempo aplicado a una u otra de las oportunidades que se ofrecen a la elección, y en la que el precio del ocio, como es obvio, es idéntico al del trabajo. Pero en una economía estrictamente superpoblada el ocio tiene valor cero. Y es natural entonces pensar en eliminarlo de la renta nacional y definir esta última por:

$$\Phi_1 = x + w(l - l_1) + r t = w(L - l_1) + r T_0 \quad [7 \text{ bis}]$$

donde l_1 representa la cantidad de ocio y $l - l_1$ la cantidad de prestación personal. No obstante, tampoco hay opción en la utilización del trabajo correspondiente a la prestación personal. En las economías superpobladas, además, t es generalmente despreciable, porque esas economías no pueden permitirse mantener cotos de caza, parques nacionales, etc. La conclusión es que en economías estrictamente superpobladas el índice de progreso más racional es la producción nacional *strictu sensu*.

Tendríamos entonces:

$$\Phi_2 = x. \quad [7 \text{ ter}]$$

En el hecho de que, en una economía superpoblada, la fórmula feudal lleve a la máxima producción nacional, tenemos un equivalente de la proposición de BARONE: en ese tipo de economías, la fórmula feudal asegura el máximo bienestar.

Es curioso que, a pesar de la proposición de BARONE, la definición corriente de la renta nacional en economías desarrolladas es la de

(70) ENRICO BARONE, "Il ministro della produzione nello stato collettivista", *Giornale degli Economisti*, 1908, págs. 267-93, 391-414. Aquí nos referiremos a la traducción inglesa en *Collectivist Economic Planning*, ed. F. A. von Hayek, Londres, 1935, páginas 245-90. La proposición arriba mencionada puede encontrarse en las páginas 253-7.

[7 bis]. Sólo, recientemente, SIMON KUZNETS ha propuesto volver a la fórmula walrasiana por razones que recuerdan las implicaciones teóricas del teorema de BARONE (71). Hace notar, con razón, que al excluir el ocio de la renta nacional podemos desdibujar un efecto importante del progreso tecnológico. Pero este análisis nos lleva a una conclusión más rigurosa: al comparar el índice de crecimiento económico de dos países, uno adelantado y otro superpoblado, habremos de utilizar en cada caso la definición adecuada de renta nacional (72). Porque, en efecto, sólo para este último tipo de economías resulta adecuado definir el progreso económico como un aumento *per capita* de la producción neta.

2. Los datos estadísticos corrientes pueden llevarnos a grandes desviaciones al medir el ocio en el caso de los países superpoblados. Por sorprendente que pueda parecer, son los países superpoblados los que ofrecen la tasa más alta de ocupación (E/P) (73). En conjunto, en esos países resulta difícil encontrar a alguien que esté sin empleo y, no obstante, todo el mundo tiene tiempo que perder. La paradoja se explica fácilmente. Cuando hay un exceso de mano de obra, todo el mundo lucha por imponer su derecho a una parte de la producción nacional. Esto lleva a un patrón social que podría titularse "división del puesto". Son varios los individuos que desempeñan un puesto para el que, técnicamente, bastaría una sola persona, pero todos insisten en que se les considere como de pleno empleo por temor a que se les dispute su derecho.

Esta práctica ha sido denunciada muchas veces como marchamo de ineficacia cuando no de rémora. La crítica más científica justifica este veredicto apoyándose en el principio de que una economía eficaz no debe pagar ningún factor más que su productividad marginal. Es claro,

(71) SIMON KUZNETS, "Long-term Changes in the National Income of the United States of America since 1870" en *Income and Wealth, Series II*, ed. Simon Kuznets, Cambridge, 1952, págs. 63 y ss.

(72) De especial importancia en la comparación, ya tópica, entre las economías de la Europa oriental y las economías desarrolladas de Occidente. Porque dudo mucho de que en cualquiera de los países de la Europa oriental el incremento de T_0 haya sido suficiente hasta ahora, frente al aumento de población para eliminar las condiciones de superpoblación.

(73) Por ejemplo, la proporción de empleos en Rumania antes de la segunda guerra mundial era una de las más elevadas del mundo. *Enciclopedia României*, volumen I, pág. 154.

sin embargo, que este argumento es una extrapolación injustificada de una ley que sólo es válida para las economías desarrolladas. En efecto, como hemos visto, una economía superpoblada no opera eficazmente sin que haya algunos trabajadores que ganen más de lo que representa su contribución al "output".

La cuestión de la burocracia desmesurada —característica indefectible de la superpoblación— ha sido enfocada también desde un ángulo equivocado. Pocos han caído en la cuenta de que en los países superpoblados (y sólo en ellos) esa burocracia enorme es un fenómeno económico normal. Cuando el trabajo está agotado técnicamente hasta el límite no se gana nada con reducir el número de servidores personales o públicos; esta reducción sólo puede crear perturbaciones sociales. Más de un país superpoblado merece ser censurado, no por tener una vasta burocracia, sino porque su clase gobernante entera tiene un "standard" de vida alto en medio de la pobreza que le rodea. Es indudable que un "standard" de vida demasiado alto de la clase gobernante es un impedimento para el desarrollo económico porque reduce grandemente el poder, ya débil, de acumulación de capital de esa economía. Si en una economía desarrollada la igualdad en el "standard" de vida responde a un principio ético, en un país superpoblado es un imperativo económico.

3. Glosando sutilezas académicas, podemos considerar el desarrollo económico como un desplazamiento ascendente de las curvas de productividad del trabajo (fig. 4). Excepto con una cantidad fabulosa de ayuda exterior, ninguna economía puede saltar de la situación de la figura 4b a la de la figura 4a. En otras palabras, es casi seguro que una economía estrictamente superpoblada habrá de pasar, en su desarrollo, por una fase como la descrita por la figura 4c, es decir, por una fase en la que la clase trabajadora no tiene absolutamente ningún ocio. Esta situación, con sus diecisiete horas diarias y sus siete días por semana es bien conocida a través de la descripción detallada que de ella nos ha dejado la literatura socialista del siglo pasado (74). Como

(74) Incluso en los EE. UU. la semana de trabajo media era todavía de setenta horas en 1850. Indudablemente, antes había sido más larga aún. Es interesante también el hecho de que el primer intento de limitar la jornada de trabajo de los niños menores de doce años a diez horas diarias fue el de la Commonwealth de Massachusetts, en 1842. W. S. Woytinsky and Associates, *Employment and Wages in the United States*, N. York, 1956, pág. 98. La jornada de diez horas no se generalizó para los demás trabajadores hasta 1860. PHILIP S. FONER, *History of the Labor Movement in the United States*, N. York, 1947, pág. 218; G. GUNTON, *Wealth and Progress*, N. York, 1887, págs. 250 y ss.

hemos apuntado, MARX la tomó, erróneamente, por un rasgo básico del capitalismo. El período de historia económica de Occidente, que le sirvió de modelo para describir “el calvario capitalista”, corresponde sobre todo a los períodos de crecimiento del capitalismo. Porque el capitalismo, entendido como sistema económico regulado por la elevación al máximo del beneficio, sólo podía existir realmente después que la productividad marginal del trabajo hubiera alcanzado un nivel suficientemente alto como para ser equiparado con la escala de salarios. El desarrollo capitalista empezó propiamente sólo después de esta fase. El incremento del ocio (no del ocio no-deseado) de la clase trabajadora es su rasgo más característico: la semana de cuarenta horas ha sido instituida hace relativamente poco y está ya ventilándose la idea de una semana de cuatro días (75).

Estrictamente hablando, los países de la Europa oriental no han llegado a conocer el llamado calvario del capitalismo. En cambio, desde mediados del siglo XIX, si no antes, empezaron a recibir el *impacto* del capitalismo occidental. Aunque suele ser considerado como fenómeno equivalente del “calvario del capitalismo”, el impacto fue un proceso esencialmente diferente. El hecho puro y simple es que las economías del este de Europa no estaban aún suficientemente desarrolladas para entrar en la fase del calvario. Todo ello cabe en pocas palabras. El aumento de las relaciones comerciales con Occidente les reveló la existencia de otros patrones económicos y descubrió, al mismo tiempo, nuevas perspectivas a los terratenientes y nuevas ambiciones en la burocracia. Bajo su influencia el *contrat social* empezó a debilitarse. Un número cada vez mayor de terratenientes se acogía a la fórmula capitalista de elevar al máximo la renta-beneficio; y este cambio, aunque no siempre aumentaba su parte, tenía la ventaja de liberarles de sus obligaciones tradicionales para con los aldeanos. Este proceso culminaría más tarde en el completo abandono de las tierras por sus propietarios. Desde este punto de vista, el principal beneficiario de la libertad de los siervos fue el terrateniente, no el campesino. Lo mismo puede decirse de las primeras reformas agrarias (de 1861 en Rusia, y 1864 en Rumania), que en realidad sancionaron la separación de los intereses económicos del terrateniente de los del campesino.

(75) MARX no vio que ésta era precisamente una posible síntesis de su antítesis. Escribió, en cambio, que “la superpoblación relativa se hace tanto más aparente en un país cuanto más desarrollado está en él el modo de producción capitalista”. *Capital*, iii, cap. xiv, sec. 4, pág. 277.

Ahora bien, regular la producción por el máximo beneficio es probablemente lo peor que le puede ocurrir a una economía superpoblada, porque con ello aumentará el ocio no-deseado, al tiempo que disminuye la producción nacional (76). Sin duda, nuevas técnicas importadas vinieron a paliar la crisis, pero no así la suerte del campesino. Esta es la explicación del hecho, tantas veces comentado, de que en la Europa oriental el capitalismo empeorara la suerte del campesino mientras aumentaba, en asombroso contraste, la prosperidad de otros sectores. Esta peculiar situación de los países a la zaga del capitalismo occidental es la que dio origen a la ideología agraria. Y esta ideología no pasó de ser una filosofía local, considerada en Occidente con curiosidad, precisamente porque el Occidente no había tenido en su desarrollo económico una experiencia similar (77).

4. Dicho en pocas palabras, los puntos esenciales de la doctrina agrarista son los siguientes:

1. Algunas comunidades, por su situación geográfica, tendrán siempre que apoyarse en la agricultura como principal actividad económica. Y como la agricultura es una actividad intrínsecamente distinta de la industria, esas comunidades no pueden desarrollarse siguiendo los mismos cauces que las economías industriales.
2. Para los países con una superpoblación agrícola, las parcelas campesinas individuales y la industria casera constituyen la mejor política económica.

La evolución está sujeta a pura incertidumbre, y lo más que podemos hacer al enfrentarnos con un problema evolutivo es apoyarnos en los testimonios existentes tomándolos como base para considerar el futuro. Por lo que hace a estos testimonios, hemos ido viendo la refutación histórica de la ley de concentración en agricultura y las diferencias específicas entre la actividad agrícola y la industrial. Podemos añadir, sin

(76) KAUTSKY (*Economic Doctrines*, pág. 235) reconoce las dificultades que crea la adopción de esta fórmula de máximo beneficio, pero no ve la explicación real del proceso.

(77) Hasta hace muy poco, los economistas occidentales no habían aceptado la idea de los agraristas de que los países de la Europa oriental recibieron el impacto de patrones extranjeros que no cuadraban con sus propias culturas y condiciones. Cf. *Méthodes et problèmes de l'industrialization des pays sous-développés*. Naciones Unidas, Nueva York, 1955, pág. 141.

embargo, que nada hasta ahora nos ha hecho dudar de la validez de este análisis y, por consiguiente, del primer punto de la doctrina agrarista.

Por otra parte, el desarrollo económico de Dinamarca, Suiza, y parte de Alemania y Austria demuestra que la agricultura puede proporcionar la base de su propio desarrollo económico. Tanto la antropología como la historia económica confirman, además, que sólo una producción considerable de alimento (independientemente de cuál sea su fuente) lleva a la acumulación de capital (78). La célebre máxima de QUESNAY *riches paysans, riche royaume* vale en los dos sentidos. Su lógica es de una simplicidad sorprendente: Robinson Crusoe no tuvo tiempo disponible para forjar una hoz hasta que Viernes pudo recoger frutos suficientes para dos. "Industrialización a toda costa" no es frase de una economía sabia, al menos en países agricolamente superpoblados.

El segundo punto de la doctrina agraria se propone claramente emplear en la producción toda la mano de obra que se presente. Demuestra, además, que los agraristas fueron los primeros en intuir que las formas económicas compatibles con el máximo bienestar no son idénticas para todas las condiciones geopolíticas, *ni siquiera cuando el horizonte tecnológico es el mismo*. Recordemos que la verdadera novedad del trabajo de BARONE, antes mencionado, fue haber probado que la economía controlada de un estado socialista tiene que imitar el mecanismo capitalista, es decir, tiene que adoptar los principios de la teoría de productividad marginal si quiere alcanzar el bienestar óptimo. Sin embargo, ni BARONE ni otros después de él, parecen haber tenido en cuenta una limitación importante, a saber, que los principios de productividad marginal presuponen la existencia de una economía ya muy desarrollada para lograr el óptimo bienestar. Y así, muchos razonamientos han creído poder utilizar la proposición inversa: el capitalismo y el socialismo controlado ofrecen los mejores sistemas para el desarrollo de una economía subdesarrollada. Sin embargo, esta proposición es patentemente falsa, por lo menos para una economía superpoblada.

Vista así, la intuición que llevó al agrarismo a su doble negación —Capitalismo, no; Socialismo, no— nos sorprende por su acierto. Pero

(78) V. GORDON CHILDE: *Social Evolution*, Nueva York, 1951, pág. 22; BRUCE F. JOHNSTON: *Agricultural Productivity and Economic Development in Japan*, "Journal of Political Economy", lxx (1951), pág. 498.

¿cuál es, entonces, el esquema teórico de la doctrina agraria? Los agraristas se han ocupado poco de esquemas teóricos y, por ello, sólo cabe intentar analizar sus razonamientos *ex post*, aceptando al mismo tiempo el riesgo de interpretar torcidamente su pensamiento.

5. Las razones expuestas en este trabajo conducen inequívocamente a la conclusión de que el esquema agrarista es la fórmula feudal bajo una nueva forma. El capitalismo —como hemos visto— se dio en la Europa oriental no como una fase natural del desarrollo económico, sino como resultado de una contaminación cultural. Visto a la luz de la dinámica económica y de la teoría del bienestar positivo, no cabe la menor duda de que fue un avance a contrapelo. Porque, con ello, el feudalismo quedó desplazado antes de que las economías respectivas hubieran podido alcanzar la fase del calvario capitalista, es decir, el paso *normal* al estadio adelantado de un desarrollo económico. Sólo un sistema diezmal puede hacer atravesar eficazmente esta fase a una economía superpoblada.

Pero desde el punto de vista del marxismo, esta desaparición prematura del feudalismo fue un gran avance, puesto que representaba la realización anticipada de algo que inexorablemente ha de venir (punto de vista que probablemente compartían la mayoría de los economistas standard). Sin embargo, en la ideología agrariana encontramos una posición distinta, de espíritu, si cabe, más hegeliano: ninguna fase del desarrollo económico puede ser pasada por alto. Concretamente: el feudalismo no puede desaparecer antes de haber cumplido totalmente su cometido. Si se le ha desplazado artificialmente, volverá en una u otra forma (excepto en el caso de holocaustos malthusianos). Ante esta alternativa, la única actitud lógica es la de planear racionalmente el período de duración del feudalismo para sacar de él el mayor partido posible. La política de reformas agrarias radicales en países superpoblados, que convierten al cabeza de familia campesino en empresario feudal, responde precisamente a este tipo de lógica (79).

Se nos plantea ahora una pregunta de gran interés: ¿cuál de los dos hegelianismos está apoyado por la Historia, el agrariano o el marxista? Habrá que buscar la respuesta en lo ocurrido en los países su-

(79) ENGELS reconoce implícitamente el mérito del feudalismo cuando dice, en una carta de 1892 (*Correspondence*, pág. 501), que "una revolución agraria en Rusia arruinaría a ambos, al terrateniente y al campesino", pero es evidente que desconoce el hecho de que muchísimos terratenientes habían dejado ya de seguir la fórmula feudal.

perpoblados después de haberse instaurado en ellos un régimen comunista. Desgraciadamente, nuestro conocimiento de lo ocurrido es muy incompleto. Dado que la fórmula de productividad marginal no puede tener eficacia en una economía superpoblada, parece razonable suponer que ningún régimen comunista la utilizaría en esa situación. Pero que la fórmula utilizada sea equivalente al sistema diezmal, reivindicaría plenamente a los agraristas. Es indudable que en un régimen comunista la distribución de la renta entre el "grupo" gobernante y el trabajador ha de ajustarse a una fórmula completamente nueva. El de "cada uno según sus capacidades, y para cada uno según sus necesidades" no tiene aplicación alguna. Sólo cuando conozcamos el esquema teórico de esa nueva fórmula con conceptos concretos (productividad del trabajo y disponibilidad de mano de obra) podremos dar una respuesta más completa a la pregunta.

6. La Historia ofrece ejemplos en pro y en contra del impacto del capitalismo. La mejor ilustración de las consecuencias de la descomposición prematura de la fórmula feudal es la situación económica del campesino ruso y rumano, que continuó empeorando, relativamente, a lo largo de los cien años, más o menos, que precedieron a la primera guerra mundial. Las pocas reformas agrarias que hubo y que, tímidamente, intentaron mejorar la situación, no lo lograron; y este hecho se reflejó en frecuentes sublevaciones campesinas, algunas de excepcional intensidad. Hungría —baluarte, como es sabido, del feudalismo— ofrece el ejemplo contrario. Comparada con los países vecinos, que, como ella, sufrían las consecuencias de la superpoblación, Hungría se mantuvo firme gracias a una suerte mejor del campesino (en casi todas las regiones) y a un desarrollo económico notable en todos los campos. En gran medida, esta diferencia puede atribuirse al hecho de que los magnates húngaros no sucumbieron a la fórmula capitalista, como tantos magnates polacos y rumanos (80). Las alabanzas cantadas por los apologistas del carácter paternalista del feudalismo húngaro fueron, en la mayoría de los casos, argumentos *pro domo sua*, pero no carecían ente-

(80) El haberse liberado pronto del yugo económico de un poder exterior es probablemente otro factor importante de esta diferencia. Pero la explotación de las minorías nacionales, cuyo paradigma nos ofrece Hungría, no puede haber sido un elemento muy importante puesto que incluso la suerte de esas minorías mejoró en cierta medida. Reparemos también en que, hasta que fue desmembrada en 1918, Hungría tuvo una densidad agrícola casi tan grande como Polonia, Rumania, Yugoslavia o Bulgaria; véase el mapa de MOORE, *op. cit.*, pág. 73.

ramente de base. La tranquila existencia de aquel feudalismo, que no tocó a su fin hasta 1945 (y esto debido a fuerzas extraeconómicas), es una prueba más de su buen éxito. Pero precisamente por aquel progreso, el feudalismo húngaro había dejado de representar una fórmula económica necesaria ya mucho antes de 1945.

7. La asombrosa intuición de los agraristas falló, sin embargo, en un punto importante. No supieron ver que para obtener el máximo *output* de unas cantidades de recursos dadas, la unidad de producción ha de ser de magnitud óptima. En consecuencia, no pudieron prever el peligro que suponía determinar la extensión de las parcelas campesinas con arreglo a criterios extraeconómicos. El principio de "una parcela para cada familia campesina" llevó, naturalmente, a una dimensión subóptima de la unidad de producción. Y esto impidió que el capital existente cristalizara en la forma más eficaz compatible con la proporción vigente y las técnicas disponibles. Síntoma inconfundible de esta situación era el relativo exceso de equipo-capital. En Rumania, por ejemplo, antes de la reforma radical de 1918, había un arado por cada 26 acres; después de la reforma, había un arado por cada 15 acres (81). Los agraristas descubrieron su error *post partum*, y cuando lo descubrieron era ya demasiado tarde. Porque, en la Europa oriental por lo menos, los cambios históricos en torno a 1930 impidieron a los partidos agrarios volver a formar gobierno.

Los hechos que acabamos de mencionar no justifican, empero, el prejuicio de los gobiernos stalinistas en favor de las grandes granjas muy mecanizadas, del tipo de las norteamericanas. Este prejuicio comete el error contrario: conduce a una dimensión mucho mayor que la óptima compatible con una superpoblación y, por consiguiente, emplea el trabajo de manera ineficaz (82).

8. Aunque no hayan sido brillantes teóricos, los agraristas nunca perdieron de vista un principio elemental del desarrollo económico:

(81) Cf. N. GEORGESCU-ROEGEN: *Inventarul agricol*. "Enciclopedia României", iii, página 339. Eran muchos los ejemplos de formas de capital "ineficaces". Citemos una más: las vacas representaban menos del 70 por 100 del "stock" entero de ganado. Esto era consecuencia de que cada parcela campesina necesitaba una pareja de bueyes para tiro, y muy pocos podían sostener más de dos animales.

(82) CALVIN B. HOOVER: *The Economic Life of Soviet Russia*. Nueva York, 1932, página 88, habla de granjas en las que hay diez veces más trabajadores y el doble de maquinaria que en una granja de las mismas dimensiones en Estados Unidos. Véase también WARRINER, *op. cit.*, pág. 169.

a saber: que ningún factor debe quedar *innecesariamente* inactivo. En las economías superpobladas, esto puede significar la utilización de mano de obra incluso llegado el punto en que su actividad marginal se convierte en cero. Desde el punto de vista de las economías de bienestar positivo, lo mejor que podemos hacer es aferrarnos a este principio. Pero la cuestión está en si podemos o no cumplirlo en la práctica. Una granja pequeña, un comercio pequeño, pueden ser llevados con toda facilidad por una familia o por una cooperativa y seguir, por tanto, la fórmula feudal. Por otro lado, muchos productos corrientes sólo pueden producirse en grandes instalaciones. Y las grandes unidades de producción, que requieren un gran número de empleados —a los que no une entre sí más vínculo que el hecho de trabajar juntos—, tienen muy poco o nada que ver con la fórmula feudal. En primer lugar, se ve mal cómo podría el director de una empresa utilizar mano de obra pasado el punto en que su productividad marginal es igual a la escala de salarios y probar, al mismo tiempo, que su dirección es eficaz. En segundo lugar, aceptado el principio de que un individuo puede ganar más de aquello con que contribuye al *output*, la cuestión de que cada cual cumpla con su deber se convierte en un arduo problema. En la vida monótona y cerrada de la aldea, estos problemas son solventados por la aparición de patrones culturales, en los que la holgazanería es uno de los peores pecados (83). Allí no hace falta llevar una contabilidad para reconocer la eficiencia.

Que sea un problema conciliar los requisitos de la tecnología moderna con el principio básico del bienestar económico no es razón para tirar por la borda esto último. En todo país superpoblado hay numerosos sectores que, o bien por su propia naturaleza o bien por tradición, permiten el empleo de mano de obra con arreglo a la fórmula feudal. La agricultura está, en casi todas partes, en esta categoría (84). Sería un disparate en Economía cambiar la estructura de producción de este

(83) Algunas comunidades primitivas —se nos dice— tienen el trabajo en tan alta estima que producen más de lo que necesitan y destruyen el excedente. Cf., RICHARD THURNWALD: *Economics in Primitive Communities*. Londres, 1932, págs. 209 y *passim*.

(84) Al suprimir la pequeña propiedad campesina y sustituirla por "kolkhozi", el stalinismo hizo, sin duda, un mal negocio con el principio básico del bienestar. La mejor solución sería, con mucho, una forma de producción cooperativa sobre unidades de dimensión óptima con producción *en propiedad* y diezmo pagado en especie al Gobierno. Tito pareció haber comprendido el error del stalinismo cuando renunció a la colectivización.

sector por una fiebre de desarrollo mal entendida. Nadie discutirá que las instituciones campesinas no se adaptan a la industria moderna, pero sería un gran error sacrificar todas aquellas instituciones en el altar de esta verdad. Y si hace falta una víctima propiciatoria para políticas equivocadas, sería preferible encontrar una que salga menos cara. Muchas de esas instituciones serán necesarias todavía si se quiere alcanzar el mayor *output* de los sectores que sustentan el desarrollo económico. Pero además, puede que el iconoclasta viva lo bastante para arrepentirse de aquella precipitación suya, porque no nos sorprendería que la lucha de los regímenes comunistas contra el “espíritu burgués” (85) tienda en realidad a crear un “hombre socialista” con un tipo de conducta campesino.

9. Dar por sentado que todo proceso que sustenta el progreso de las economías desarrolladas supone necesariamente una economía superpoblada es una extrapolación perfectamente gratuita. Y, sin embargo, son frecuentes estas extrapolaciones en la literatura, cada vez más abundante, que trata del desarrollo económico. La más patente es, quizá, la utilización de los principios de la productividad marginal, al formular políticas económicas destinadas a economías subdesarrolladas (86). Ahora bien, son pocas las economías de este tipo que no padecen una superpoblación. Y es típica de países superpoblados la coexistencia de empresas que se rigen por la fórmula feudal junto a otras llevadas con arreglo a normas capitalistas. En estas circunstancias, las líneas de precios no son tangentes a las isocuantas en todos y cada uno de los sectores y, por consiguiente, las isocuantas mismas no son tangentes entre sí. Esto se ve con claridad en la figura 5b, que representa una economía en la que X_1 está producido según la forma feudal, y X_2 , según normas capitalistas (87). La línea de precios PP sólo es tangente en M'

(85) Véase en *Report of the Ad Hoc Committee on Forced Labour*, Naciones Unidas, I. L. O., Ginebra, 1953, págs. 456 y sig., la resolución del Congreso de Trabajadores de Todas las Rusias, de 1931.

(86) Dada la importancia del problema que los países subdesarrollados plantean hoy en el mundo, las consecuencias de estas extrapolaciones pueden muy bien sobrepasar los límites de meras licencias académicas. Y más cuando proceden de tan alta autoridad como las Naciones Unidas. En *Measures for the Economic Development of Under-Developed Countries*, Nueva York, 1951, pág. 49, se insta a utilizar el principio de productividad marginal “el cual —dice el texto, lamentándose— se ignora frecuentemente en la práctica”.

(87) Este esquema no es una mera combinación teórica. Corresponde realmente a aquellas economías en las que hay una población agrícola muy densa que vive de

al isocuanta de X_2 . (Y sólo los trabajadores de X_2 perciben *salarios*.) M' no satisface, naturalmente, la condición elemental de bienestar positivo. Sin embargo, la razón no es que la producción nacional sea netamente mayor en M'' que en M' , sino que el óptimo bienestar está representado por M , donde el empleo es máximo (fig. 5a). Lo importante es que ni M ni M'' pueden ser obtenidos si la industria X_2 se rige por la fórmula capitalista, porque tanto en una situación como en otra la productividad marginal del trabajo cae por debajo del *mínimum de subsistencia*.

Pero esto no es todo; la línea de precios puede no ser tangente tampoco a la isocuanta X_2 . Porque, en contraste con lo ocurrido en Occidente durante la primera fase de la industrialización, las ciudades de los países superpoblados han crecido hasta alcanzar dimensiones patológicas por la continua inmigración de la población rural. El éxodo rural lleva a esas ciudades no sólo un enorme excedente de mano de obra, sino también el germen del espíritu económico feudal, frente al cual prácticamente ningún sector puede quedar inmune. La presión social de las gentes que buscan empleo para su "ocio" no cotizado es hasta tal punto irresistible, en todo momento, que incluso el más acérrimo "marginalista" de los empresarios tiene que ceder y emplear a un número mayor de individuos de los que sus propias normas le llevarían a emplear. En estas condiciones, el factor vigente de precios puede estar proporcionado a todo menos a las productividades marginales correspondientes. No tiene sentido computar el equivalente en dinero de la productividad marginal de una inversión sobre la base de los precios vigentes. Por eso los criterios de prioridad de inversión basados en los resultados de esos cálculos, carecen de base (88). Y lo que es peor: esos criterios

parcelas familiares y, junto a ella, una industria montada más o menos sobre la fórmula capitalista. Bulgaria, Rumania y Yugoslavia —por referirme sólo a los casos que me son más familiares— estaban precisamente en esta situación antes del advenimiento del comunismo. Precisamente porque la agricultura tiende fácilmente a la fórmula feudal es por lo que el "exceso de granjeros" constituye un fenómeno bastante general, no exclusivo de las economías superpobladas.

(88) Para los criterios de inversión basados en la productividad marginal, puede verse: A. E. KAHN, *Investment Criteria in Development Programs*, "Quarterly Journal of Economics", lxxv (1951), págs. 36-61; y H. B. CHERNER, *The Application of Investment Criteria*, *ibid.*, lxxvii (1953), págs. 76-96, entre otros. Del hecho de que estos criterios estén respaldados por algunos economistas consultores de distintas agencias de desarrollo económico, puede inferirse que son utilizados como guía de política pública (véase, por ejemplo, G. DI NARDI, *Criteri e Indicatori per la scelta degli investimenti*, "Rassegna Economica", julio de 1957).

apuntan en dirección equivocada. Efectivamente, fuera de la corrección debida a economías exteriores, estos criterios son idénticos a los utilizados por la inversión privada. Y el resultado de la inversión privada es la conocida paradoja de que aunque las técnicas de trabajo-intensivo son las únicas que están indicadas para países superpoblados, sin embargo, las industrias allí desarrolladas han solido ser de capital intensivo. La explicación es obvia: en un país superpoblado, la proporción entre los salarios y el precio de otros factores es más alta que la proporción entre las productividades marginales correspondientes.

Desarrollo económico no significa sólo crecimiento puro y simple; significa, ante todo, un proceso que induce al crecimiento. La inversión en industrias de capital-intensivo es un movimiento equivocado en países superpoblados, no porque no dé lugar a un crecimiento (que generalmente sí lo origina), sino porque son industrias que no sustentan ese crecimiento. El poder de sustentar el crecimiento es, pues, el único criterio de inversión válido en países subdesarrollados. Los principios de productividad marginal reflejan este criterio de manera precaria, si es que lo refleja. Incluso tratándose de un sistema capitalista, no alcanzan a explicar más que la distribución por adjudicación.

El curso del desarrollo económico de Occidente puede ayudarnos a buscar una política de desarrollo para aquellas áreas que se han quedado atrás. Pero no puede indicarnos el camino. Porque es claro que no podemos pretender seguir con esa política exactamente la misma vía que el Occidente siguió. Tardaríamos demasiado en llegar a la meta. Y lo que es más importante: ni siquiera sería factible, porque no podemos reproducir las oportunidades que el Occidente ha tenido en tal o cual momento de su Historia. No necesitamos volver a examinar aquí la distinción esencial entre proceso histórico y proceso dinámico. Pero, en el fondo, esto es lo que marxistas y agraristas discuten. ¿Podemos nosotros, economistas standard, aprender algo de esta discusión?

N. GEORGESCU-ROEGEN

(Vanderbilt University.)